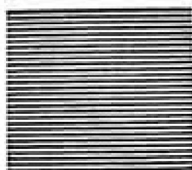
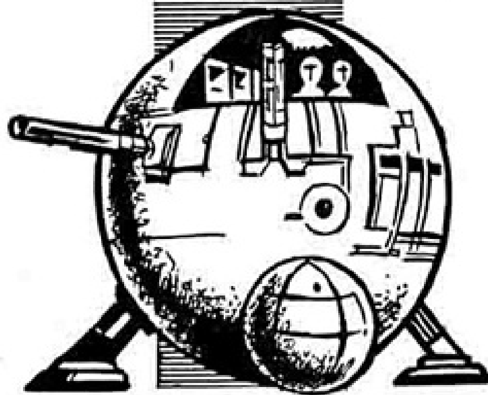

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
LOS CRUZADOS DEL TIEMPO
ROCCO SARTO
SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

110— Un segundo de la eternidad - *A. Thorkent.*

111— La llamada de Therko - *Joseph Berna,*

112— ¡Pesadilla! - *Alan Parker.*

113— Destino: *Thanatos - Eiliot Dooley.*

114— La última peste - *Law Space.*

ROCCO SARTO

LOS CRUZADOS DEL TIEMPO

Colección.
HEROES DEL ESPACIO n.° 115.
Publicación semanal.

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23).

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 15.524-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1982
2.ª edición en América: diciembre, 1982

**Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23**

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

La tormenta no parecía debilitarse y hasta donde alcanzaba la vista, todo era blanco y helado. Los árboles resistían como espectros resignados el embate feroz del viento y su aullido amputaba cualquier otro sonido A derecha e izquierda se abría la estepa pálida, ligeramente ondulada por el oleaje de la nieve fina sometida por el vendaval. Una bruma ligera flotaba a ras del suelo, alimentada por el polvo fantasmal de la nieve impenitente y taladraba las perneras del traje impermeable de los dos hombres.

Inclinados sobre sus máquinas, enfrentaban la tormenta pertrechados debajo de sus atavíos flexibles y resistentes, imposibilitados de detenerse a riesgo de quedar sepultados por la tempestad.

Dentro de la escafandra, Mork farfulló al micrófono interior:

—¿Cómo te encuentras, Burto?

—Resistiré, no te preocupes.

Avanzaban a muy poca velocidad montados sobre sus triciclos descubiertos, a unos dos metros de distancia el uno del otro, apenas visibles en la opaca luminosidad de aquel eterno atardecer.

Esta maldita estepa no parece tener fin —se quejó Burto.

—Lo tiene, según mis cálculos estamos a punto de divisar la línea montañosa. No podemos hallarnos a más de seis kilómetros de las «Parcas».

—Bonito nombre para una cordillera helada —bromeó Burto.

—Llegaremos en el tiempo previsto, amigo. A pesar de la tempestad y los inconvenientes. Acabaremos con la exploración en una semana y regresaremos al campamento base.

—Ya.

—Estupendo, me fascina tu capacidad de diálogo.

—Mork, si lo que tú deseas es un compañero de tertulia invítame a una buena taza de café humeante en un sitio civilizado. ¿Es demasiado pedir?

—Viniendo de ti es toda una reclamación. Te estás haciendo viejo, compañero.

—Tal vez, aunque prefiero pensar que me estoy volviendo

realista. ¿Sabes cuánto tiempo hace que vagabundeamos por planetas desolados?

—Tengo una ligera idea.

—Pues yo te lo diré...

—¡Silencio! —gritó Mork por el micrófono.

-¿Qué...?

—Escucha, presta atención, he creído oír algo por encima del aullido del vendaval. Detengámonos.

Los motores de los triciclos dejaron de refunfuñar contra el viento y durante varios minutos, los dos exploradores permanecieron en un silencio absoluto.

—Ha sido tu imaginación, capitán —bromeó Burto.

—No lo creo.

—¿Qué has escuchado?

—Una especie de... —Mork se interrumpió.

—¿Sí? —lo alentó su amigo.

—Una especie de voz de mujer, grave y ronca.

Burto lanzó una carcajada dentro de la escafandra y abandonando su triciclo se acercó a Mork, sujeto siempre por la cuerda de seguridad.

Puso una de sus manos en el hombro del capitán y volvió a sonreír.

—Diez semanas correteando por esta estepa helada son capaces de convertir a un monje en un sátiro,

—Vamos, déjate de payasadas —se irritó Mork.

Burto regresó riendo a su triciclo, inspeccionó rápidamente la carga sujeta detrás del asiento y comprobó el buen estado de los neumáticos especiales.

—Vamos —lo urgió Mork poniendo en marcha su vehículo.

Avanzaron uno junto al otro a poco más de cincuenta kilómetros por hora, sometidos al golpeteo implacable de los copos de nieve que se estrellaban contra sus trajes igual que pertinaces disparos gélidos.

Durante poco más de media hora avanzaron expectantes, predispuestos a escuchar aquella voz que había mencionado el capitán.

Pero no volvió a repetirse.

—Allí está—anunció Burto.

En el confuso horizonte que se aventuraba a través de la tormenta, surgió la cadena de las «Parcas». Eran montañas extrañas, cilíndricas y enormes, alineadas sobre la estepa como si fuesen los tubos gigantescos de un monstruoso órgano natural.

El viento arremolinado había pulido sus laderas hasta conferirles aquel aspecto cónico, casi artificial.

—Llegaremos en pocos minutos —dijo Mork.

Los triciclos, impulsados con minúsculos motores atómicos, rugían contra el viento. Eran poderosas motocicletas de tres ruedas anchas y provistas de un revestimiento claveteado para operar con facilidad y estabilidad en terrenos poco firmes. Un gran asiento servía de butaca de control y allí se sentaban los pilotos, cogidos al gran manubrio de dirección. Detrás del asiento había una especie de cofre construido con una aleación ligera, un portaequipajes y, en él, perfectamente cubierto con material impermeable y anticongelante, portaban el equipo de exploración.

Junto al asiento, en sendas fundas, cada uno de ellos llevaba dos fusiles automáticos. Uno de rayos láser y otro provisto de munición especial.

—Procura hallar un sitio protegido donde rehacernos de la tormenta y descansar algunas horas —dijo Mork.

Una ladera suave conducía a las primeras estribaciones montañosas y allí, la nieve creaba grotescas esculturas en las irregularidades del terreno.

—El paso debe estar a nuestra izquierda, a unos quinientos metros aproximadamente. No puedo ver *el orientador*.

—Yo tampoco —replicó Burto atisbando el aparato de orientación sujeto a su muñeca izquierda.

—No importa, seguramente hallaremos algún refugio en el paso.

Avanzaron con precaución. Ya no estaban en la estepa abierta, sino en medio de un paisaje salpicado de grandes protuberancias rocosas cubiertas de nieve y abatidas por el viento. Ignoraban la fauna de aquellos parajes e incluso ignoraban la eventualidad de alguna civilización inteligente habitante de aquel planeta ignoto, flotante en el extremo de la galaxia de «Nemo».

Una ancha franja ecuatorial, con temperaturas de hasta 10 °C

bajo cero, rodeaba el planeta como una irónica zona *cálida.* A partir de ella y hacia los polos, el frío iba en aumento.

Los dos exploradores habían establecido tres campamentos-base desde el ecuador hacia el norte. Habían dejado muy atrás el último de ellos para explorar la cadena montañosa de las «Parcas». Hasta entonces sólo se habían cruzado con algunos animales enormes, parecidos a osos polares terráqueos, a los que sólo habían divisado desde muy lejos.

En los últimos cuatro días sólo eran ellos y el vendaval. Ningún otro ser animal o vegetal se había cruzado en su itinerario.

—Es mejor que tengas las armas dispuestas, Mork. Estamos muy desprotegidos en este desfiladero.

Los triciclos se habían internado ahora por un estrecho pasillo enclavado entre dos altas laderas muy pronunciadas. El viento cargado de nieve aceleraba su velocidad en el desfiladero y los azotaba sin piedad pegando el polvillo inmaculado y fino al cristal irrompible de los visores y dificultándoles la visibilidad.

—Si no hallamos un refugio antes de quince minutos, regresaremos a la estepa. Prefiero permanecer en campo abierto antes que sufrir un ataque en este sitio.

—De acuerdo contigo —asintió Burto.

El pasillo describió una curva cerrada hacia la izquierda y el viento desapareció como por arte de magia.

—¿Qué diablos...? —exclamó Burto.

Detuvieron los triciclos y sintieron que los músculos se relajaban ante la repentina desaparición del vendaval. La nieve continuaba cayendo profusamente, pero no ofrecía la menor dificultad.

—Mira allí —dijo Mork—, el desfiladero vuelve a doblar a la derecha y supongo que habrá un túnel o algo por el estilo que atrapa el viento. Es por esa razón que han desaparecido las ráfagas.

—Sea lo que sea, amigo, todo lo que deseo es comer algo y dormir unas horas —acotó Burto.

No les fue difícil hallar una cavidad poco profunda en la ladera y entrar en ella con los triciclos.

—Inspecciona el sitio, amigo. Yo estableceré el sistema de alarma en la entrada.

—De acuerdo —dijo Burto.

Dejaron los triciclos uno a cada lado de la amplia boca de la cavidad y Mork dispuso la barrera magnética de protección con los sistemas de ambos vehículos. Luego, cogió las vituallas necesarias para pasar algunas horas descansando y comenzó a limpiar de nieve un rincón de la cavidad.

—Está limpia —dijo Burto apareciendo desde el fondo de la cavidad, provisto con un detector de calor.

—Estupendo, creo que ya podemos quitamos las escafandras

Mork dejó la escafandra a su lado y se revolvió el cabello lacio y largo con infinito placer.

—La vida por un buen baño caliente —sonrió.

Burto cogió un pequeño envoltorio plástico, lo depositó en el sitio elegido y presionó un sensor en él. El envoltorio se infló inmediatamente, convirtiéndose en una burbuja transparente de poco más de dos metros de diámetro. Sus paredes dobles, infladas con aire caliente, la convertían en un agradable útero artificial.

Los dos amigos se introdujeron en ella con las armas y los recipientes de alimentos y cerraron la escotilla. Se despojaron de los trajes impermeables y respiraron con alivio.

—¿Cómo era la voz que escuchaste, compañero?

Mork miró sonriente a su amigo.

—¿Ya no te burlas de mis alucinaciones?

—Ahora que tiene sentido hablar de ellas no me burlo, Mork. No me pareció oportuno detenemos en medio de la tempestad, en la estepa, para detectar una voz extraña que nos sería imposible de individualizar.

Mork abrió un bote de alimentos y lo entregó a Burto.

—¡Estupendo! —Exclamó entonces—. Estás haciéndote muy mayor, pero conservas el sentido común de los jóvenes prometedores como yo.

—Vamos, chaval... ¿cómo era la voz?

—Era una voz de mujer, una voz grave, apagada, aguardentosa. Yo diría que una voz sugestiva y ansiosa.

—¿Qué fue lo que dijo?

—No pude comprenderlo.

—De modo que eres capaz de escribir un ensayo sobre la

calidad de la voz, pero no puedes recordar qué diablos decía.

—Exactamente.

—Es extraño...

—Sí, lo es.

—Quiero decir que es extraño que la hayas escuchado solamente tú, amigo. Mi emisor-receptor tiene tu misma longitud de onda. ¿No habías perlado en ello?

—Sí, sólo que no me pareció que la voz proviniera de mi receptor, sino que la traía el viento...

—Eso es absurdo.

—Lo sé; pero así es.

—Creo que lo mejor será dormir unas horas y luego echar un vistazo por los alrededores. No me gustan los enigmas.

—Nuestra profesión se alimenta de enigmas —sentenció Mork.

—Sí, por esa razón me dedico a resolverlos, porque no puedo convivir con ellos.

—Bien, descansa. Yo haré una primera guardia.

Quiero comprobar que el sistema de defensa electro-magnética funciona perfectamente, —De acuerdo, chaval. Y si vuelves a oír tu voz sensual no me despiertes, no tengo edad para aventuras galantes.

—Vete al infierno.

—Ya estamos en él, capitán.

Burto se acomodó dentro de su saco de dormir y un minuto más tarde respiraba pesadamente.

Mork Koiro se puso de pie dentro de la burbuja habitacional Media un metro ochenta y su cabeza rozaba la parte superior de la cápsula translúcida. Sus ojos azules perdieron el brillo y su reflexión lo sumió en un profundo ensimismamiento mientras abrigaba su cuerpo con un voluminoso chaquetón impermeable, blanco, forrado con piel sintética.

Salió rápidamente de la burbuja y se dirigió a la entrada de la cavidad.

Los dos triciclos, uno a cada lado, generaban la cortina electromagnética de protección. Mork permaneció controlando la eficacia del sistema durante media hora. Era posible que los minerales escondidos en la montaña cubierta de nieve pudiesen alterar los mecanismos del dispositivo de protección. No sería la

primera vez que les ocurría en un territorio a colonizar.

Decidió que nada ocurriría y se sentó en su triciclo mirando hacia el exterior. La nevada continuaba cayendo profusamente, pero no había viento que impulsara los grandes copos. La ladera opuesta, frente a la boca de la cueva, estaba a poco más de ocho metros de modo que su visibilidad no era extensa. Sin embargo, por alguna razón que él mismo ignoraba, se resistía a apartar la mirada de la blanca y gélida pared.

Había cumplido treinta y cuatro años. Hacía quince que vagaba por él espacio en misiones de reconocimiento y colonización. Su temperamento independiente y aventurero lo hacía ideal para aquel tipo de actividad. Era un experto en supervivencia y —descontando a Burto Shane— su experiencia en aquel tipo de misiones no admitía ninguna competencia.

Burto era cinco años mayor, y detrás de su rostro duro y ligeramente burlón, de su lengua afilada y su oscuro sentido del humor, latía una inteligencia rápida y eficaz. Era, como el propio Mork, un expedicionario terrestre. Su cuerpo sólido y resistente había soportado todas las contingencias climatológicas de los mundos más apartados y extraños.

Mork y Burto viajaban juntos desde hacía diez años.

Sin embargo, la condición primordial que los unía, elemental en su tipo de trabajo, consistía en su especialísima personalidad. Una personalidad que había conseguido metabolizar el factor sorpresa. Se necesitaba una estructura cerebral fuerte y segura para hacer frente a las extrañas contingencias de mundos ignotos y distintos.

Mork sonrió al pensar en sus continuos diálogos humorísticos con Burto y se arrebujó dentro de su chaquetón.

Yentonces sintió la primera conmoción.

En un principio no supo a qué atenerse y se puso de pie defensivamente, saltando del triciclo.

Miró los indicadores del sistema de protección: todo funcionaba con absoluta normalidad.

La nieve caía con suavidad y nada indicaba que la conmoción que había experimentado proviniera de algún cambio súbito en las condiciones meteorológicas.

Giró sobre sus pies y echó un vistazo a Burto que dormía

plácidamente.

Durante algunos segundos aguardó con ansiedad. La sensación volvió a asaltarlo al cabo de algunos minutos y, entonces, logró individualizarla. No se trataba de nada externo, sino de un estímulo incomprensible que provenía de su interior, de su propio cerebro.

Llevó espontáneamente las manos a las orejas como si de ese modo pudiese fijar la llamada, porque estaba seguro de que se trataba de una llamada.

Lentamente, como si no deseara ahuyentar la sensación, retrocedió hasta la burbuja y se introdujo rápidamente en ella. Aguardó media hora y no recibió ninguna otra señal.

Volvió a salir y permaneció de pie en medio de la cueva helada. La vibración cobró fuerza en su cerebro y lo llenó con el sonido impreciso de aquella voz grave y profunda, una voz de mujer.

Corrió hasta la cápsula, abrió la compuerta y gritó:

—¡Burto, despierta!

—¿Qué ocurre? —replicó el aludido, incorporándose con el fusil en la mano.

—Quiero que escuches.

-¿Qué...?

—Silencio, ven, abrígate y ven. Sal de la envoltura.

Burto se reunió con él pocos instantes más tarde y mirándolo fijamente a los ojos, aguardó con paciencia.

Habían aprendido a confiar el uno en el otro tras diez años de aventuras.

Los minutos pasaron lentamente, congelados como estampas palpables dentro de la atmósfera helada de la cavidad.

Entonces volvieron a sentirlo.

Burto levantó las manos y cogió a Mork por lo hombros. Ninguno de ellos dijo una sola palabra mientras duró el mensaje.

Cuando aquella onda cerebral hubo desaparecido ambos recuperaron el habla.

—Ha sido la voz que tú escuchaste en la estepa.

—Sí, y volví a percibirla hace una hora,

—¿Una hora? ¿Por qué diablos no me despertaste?

—Quería comprobarlo. Dentro de la cápsula-habitacional no es perceptible.

—Entiendo.

—¿Por qué no recibiste tú el mensaje en la estepa y ahora sí?

Durante algunos minutos reflexionaron sobre la cuestión; luego, Burto exclamó;

—Tu escafandra debe tener alguna fisura, es la única explicación. Es por ello que yo no recibí la onda y tú sí. Inspecciónala.

Sí.

Mientras Mork examinaba su escafandra con minuciosidad, Burto extrajo una minicomputadora de uno de los triciclos.

—¿Qué haces? —preguntó Mork.

—Esa voz ha dicho algo.

—Supongo que sí, pero su idioma es incomprensible.

—Pues no, no lo es —dijo Burto enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir?

—Mira en la pantalla.

Sobre la pulida superficie de la pequeña pantalla, una serie de guarismos decodificadores componían una ranea palabra repetida: *Asistencia… Asistencia... Asistencia...*

—¿Asistencia? —inquirió Mork.

Aguarda un instante.

Mientras Burto manipulaba la minicomputadora,

Mork halló la fisura, justo por debajo del dispositivo de audición directa, a la altura de su oreja. Era una minúscula quebradura en el material del casco,

—Aquí está —dijo Mork—, será muy sencillo repararla.

—No lo hagas —intervino Burto—, creo que será mejor conservarla para poder continuar recibiendo el mensaje. Cuando salgamos a la tormenta tendremos que cubrirnos y ya no podremos recibir la señal si tú reparas el fallo.

—Tienes razón.

—Mira la pantalla.

En la pulida superficie, los guarismos indicaban ahora una segunda palabra: *Socorro*, y también una tercera: *por favor...*

—*Asistencia, socorro, por favor* —repitió Mork—, ¿en qué idioma?

—Inglés —dijo Burto — un idioma muy difundido hasta el siglo

XXII.

—Sí, algo recuerdo haber aprendido durante la instrucción.

—Creo que será interesante si utilizamos el circuito de interpretación y emisión simultánea en nuestros cascos. Podremos comunicarnos con la voz.

Mork miró estupefacto a su amigo.

—¿Te das cuenta lo que acabas de decir, Burto? Estás hablando de una voz y un idioma que tiene dos mil años de antigüedad.

—Lo sé —replicó Burto—, pero allí está, en el aire. Hemos de comprobar cuál es su procedencia. Si alguien oalgo está emitiendo todavía o, por algún proceso que ignoramos, se ha mantenido en la atmósfera hasta que nosotros dimos con la frecuencia oportuna.

La voz volvió a sensibilizar sus cerebros: *Asistencia... Socorro... por favor... por favor...*

CAPITULO II

Se obligaron a dormir, amparados por la protección electromagnética, aislados de la voz por la cobertura de la burbuja hinchada.

Despertaron seis horas más tarde sintiéndose perfectamente descansados.

Volvieron a vestirse con los trajes y recogieron la burbuja plegándola en su recipiente para amarrarla luego al contenedor de uno de los triciclos.

—La tormenta ha amainado —observó Burto.

—Escucha, he estado pensando...

—¿Sí?

—En este planeta desierto la única cadena montañosa es ésta. El resto es llano y yermo.

—Exacto.

—Bien, creo que la voz, o lo que sea que está emitiendo ese mensaje, debe hallarse en algún sitio próximo. En las «Parcas» quiero decir. Es posible que hallemos alguna caverna o... no sé. Tenemos que avecinar de qué diablos se trata.

—Creo que será mejor continuar adentrándonos por el desfiladero y estar atentos a la emisión.

Montaron en los triciclos y desconectaron el sistema de defensa electromagnética.

Mork se calzó el casco y miró a su compañero. Burto sonrió, puso en marcha su vehículo y salió al desfiladero, seguido por el capitán.

—Hay más luz —dijo Mork—, tal vez nos favorezca.

—Ten las armas listas, amigo. No me gusta el aspecto de este sitio.

Las paredes que flanqueaban el desfiladero crecían más y más a medida que avanzaban adentrándose en la cadena de las «Parcas». Y en lo alto, a la pálida luz de un sol distante y añejo, vieron las primeras aberturas en sombras contra la blanca nieve.

—Observa —indicó Mork—, parecen cuevas.

—Hay decenas de ellas.

—No he vuelto a percibir el mensaje, Burto,

—Tal vez las paredes del desfiladero obstaculicen las ondas.

—Puede ser. En cualquier caso no tardaremos en llegar a algún valle. Hemos avanzado mucho.

Una hora más tarde había dejado de nevar.

Las laderas verticales que encajonaban su avance comenzaron a abrirse y decrecer. Ahora podían vislumbrar una lejana línea azulina sobre el horizonte, que indicaba las más altas cumbres cónicas,

—Estamos a punto de salir —dijo Burto.

—¡Ahora lo tengo! —exclamó Mork, y ambos detuvieron sus vehículos.

Burto aguardó unos instantes. El silencio era absoluto en el desfiladero.

—Nada nuevo, siempre las mismas palabras —informó el capitán.

—Será mejor dejar los vehículos aquí y echar un vistazo más adelante. No sabemos con qué podemos encontramos al final de este corredor.

—De acuerdo.

Ocultaron los triciclos debajo de una comisa y, armados con los fusiles automáticos, comenzaron a caminar.

Burto se quitó la escafandra.

—Quiero percibir yo también el mensaje —dijo.

Anduvieron unos tres kilómetros antes de que las laderas cónicas terminaran por hacerse suaves colinas muy poco pronunciadas, como una sábana acanalada que trepaba a derecha e izquierda a partir del sendero que recorrían.

Un gran peñasco interrumpía el camino. Los dos amigos lo rodearon y se encontraron sobre una comisa nevada de gran superficie sobre la que los rayos del sol reverberaban violentamente.

Burto se dio la vuelta, herido por la luminosidad rasante de los haces del sol, y se cubrió nuevamente el rostro con la escafandra.

—Es extraño —comentó—, huele a hierbas.

—El mensaje es cada vez más potente —indicó Mork—. ¿Crees que habrá alguien en esas cuevas que hemos dejado atrás?

—Creo que tenemos que continuar avanzando...

—¿Qué te ocurre?

—Estoy pensando que cuando sobrevolamos esta zona en la nave no vimos nada diferente. ¿Lo recuerdas? Sólo nieve y más nieve.

—Lo recuerdo.

—Bien, pues no sé por qué, pero tal vez nos hayamos equivocado —dijo Burto reflexivamente.

Mork levantó el rostro y miró el sol. Siguió luego sus rayos rasantes y resistió el feroz reflejo de la nieve purísima.

—Tal vez... tal vez el sol cree una apariencia de uniformidad en esta área. Tal vez... cree una pantalla refractaria sobre un...

—¡Un valle! —Gritó Burto—. ¡Eso es, tiene que haber un valle!

—¡Adelante!

La cornisa terminaba abruptamente y Burto se detuvo a tiempo de sostener a Mork.

Los rayos del sol creaban una red de inmenso brillo, como si aquella comisa, en realidad, fuese la orilla de un gran lago de luz. Ninguno de los dos pudo resistir el brutal resplandor y debieron darse la vuelta.

—¡Allí! —gritó Mork, alzando el fusil.

Burto se echó de bruces y arrastró consigo al capitán,

Frente a ellos, a medio centenar de metros y a ras del suelo, se aproximaba un extraño pájaro de enormes proporciones. Su plumaje era grisáceo y tenía el aspecto de las viejas aves prehistóricas terrestres, sólo que adaptada para sobrevivir a temperaturas inferiores a los 30 °C bajo cero.

Mork hundió el cuerpo en la nieve y percibió la ráfaga de aire propulsada por las enormes alas cuando el ave pasó sobre ellos.

—Es ciega, no puede vemos. Está ciega por el resplandor, pero nos huele —reflexionó Burto,

Se volvieron a tiempo de ver cómo aquel monstruo, alado y de gran pico regresaba hacia ellos describiendo un amplio círculo.

Mork levantó el fusil y apuntó rápidamente. Tenía el sol de frente y pájaro era sólo una sombra titilante en sus pupilas. Presionó el gatillo y una ráfaga atronó el aire inmóvil.

El pájaro pasó rozándolos y cayó a pocos metros, destrozado por la munición explosiva.

—¿Estás bien? —preguntó Burto.

—Creo que sí, sólo un poco enceguecido.

—Mantén los ojos cerrados y procura humedecerlos con tus lágrimas. Enseguida recuperarás la visión. Le has destrozado la cabeza.

—Llévame hasta él, quiero verlo.

Era inmenso. Con las alas extendidas debía medir, aproximadamente, seis metros de envergadura. El cuerpo era fuerte y abrigado por una gran capa de plumas pesadas y compactas, de un tono gris acerado. Las patas, cubiertas de plumas, remataban en dos poderosas garras. Los ojos eran dos globos blancos, muertos desde hacía siglos. El pico, protuberante y afilado, medía alrededor de un metro y parecía capaz de atravesar un árbol de lado a lado.

—Mira los dientes. Tiene mandíbulas de tiburón, con tres hileras de dientes afilados como navajas —dijo Burto, sosteniendo el pico abierto.

Mork miró al cielo, a su alrededor, temeroso de que pudiese aparecer por sorpresa otro de aquellos monstruos alados.

—Hemos tenido suerte, amigo —dijo Burto—. No hace ningún ruido al volar.

Mork extrajo un puñal de su cinturón y abrió el vientre del pájaro.

Un líquido rojo, muy oscuro, brotó de las entrañas calientes en medio de una nube de vapor.

—Tal vez sea comestible —bromeó Burto.

—Lo comprobaremos en el detector.

Mientras Burto cortaba un trozo de piel del enorme pájaro, Mork palpaba meticulosamente su cuerpo, comprobando la férrea estructura de sus músculos y las uñas poderosas de sus garras.

—¡Eh, mira esto! —exclamó de pronto.

—¿Qué es? —inquirió Burto.

—No lo sé, pero ciertamente no es nada natural.

En la pata, en el límite entre las duras membranas cartilaginosas y el comienzo del plumaje, el pájaro tenía una pulsera negra, firmemente soldada. Sobre la pulsera había dos cápsulas pentagonales de varios centímetros de espesor.

Mork se quitó brevemente uno de los guantes para tocar el adminículo con la yema de los dedos,

—Está caliente —dijo.

—Nos lo llevaremos para estudiarlo. Hemos de regresar en busca de los triciclos y someter este brazalete al examen de la minicomputadora.

—¿Cómo lo quitaremos?

—Cortándole la pata.

Burto apuntó y disparó varias veces. Necesitó seis disparos para seccionar la dura pata del monstruo, tan gruesa como el muslo de un hombre.

—Debe pesar al menos seis o siete kilos —dijo Mork.

—Vamos, larguémonos de este sitio. Siento que nos observan,

—¡Un momento! —Exclamó Mork—. Aquí está otra vez, la misma voz lastimera pidiendo socorro.

Regresaron al sendero que nada más allá de la cornisa y entonces respiraron tranquilos. Ahora podían observarlo todo a su alrededor y descubrirían cualquier ataque de aquellas aves de rapiña.

Anduvieron con rapidez, cubriéndose mutuamente, mirando continuamente hacia las bocas abiertas de aquellas cavernas en sombras perforadas en lo alto de las paredes cónicas del desfiladero.

Los dos sentían que estaban dando los primeros pasos en una dirección absolutamente enigmática. Hacia años que exploraban en pareja los confines del universo y todos los peligros vividos correspondían al enfrentamiento con animales insospechados y crueles, con extraños fenómenos naturales y con esa peligrosa demencia por soledad que atrapa de vez en vez en el infinito ámbito del espacio.

Nunca se habían encontrado frente a frente con una situación como la que ahora vivían; una situación en la que intervenía una inteligencia, del tipo que fuese.

Mork se detuvo un instante y cogió a Burto por el codo.

—Camarada —dijo sonriente—, estoy emocionado.

—Tal vez sea un síntoma de locura, hermano, pero yo también me siento convulsionado por todo esto. ¿Crees que hallaremos vida inteligente activa?

—¿Tú qué opinas?

—Que puede tratarse de un dispositivo sujeto a la pata de ese animal hace muchos años. Una especie de alarma.

Alarma... —repitió Mork dubitativo.

—Sí, ya me entiendes, alguien que ha pasado por aquí y decidió dejar un dispositivo de señal....

Habían llegado al recodo tras el cual se hallaban los triciclos.

—Escucha Burto, se me ha ocurrido otra posibilidad.

—¿De qué se trata?

—Tal vez el ave no sea más que un centinela natural. Tenemos que regresar allí, al borde mismo de la comisa, y averiguar si debajo de ese lago luminoso creado por la refracción de la luz existe más estepa nevada o... alguna otra cosa.

—Estoy de acuerdo contigo... porque, además, este anillo que hemos traído con nosotros bien puede ser un emisor de señales, o algo por el estilo.

—Vamos a colocar los terminales sensitivos de la minicomputadora y sabremos a qué atenemos.

Burto conectó los terminales sobre aquel pesado brazalete y leyeron en la pantalla los guarismos descriptivos.

—Sí, es un dispositivo de alarma y transmisión de señales —reflexionó Mork—. Eso quiere decir que ahora mismo saben dónde estamos.

Observaron alarmados el cielo, pero nada había allí que pudiese alertarlos.

—Será mejor ponernos en movimiento, Mork. Dejemos aquí el brazalete y luego...

No pudo concluir la frase. Un zumbido lejano y creciente se apoderó del pasillo flanqueado por las altas laderas cónicas. Instintivamente, se llevaron los fusiles al rostro.

La franja de cielo gris no revelaba ninguna aparición, pero algo se aproximaba,

—¿Qué crees que es? —inquirió Burto.

—No lo sé.

Una brisa repentina agitó la atmósfera quieta y con ella les llegó un olor que por momentos se hacía más penetrante.

En el recodo del desfiladero se proyectó una gran sombra que se movía lentamente hacia ellos.

—¡Son las aves! —gritó Burto antes de que la gigantesca flotilla de monstruos plumíferos grises apareciera sobre ellos, a una

distancia de un centenar de metros.

—Es impresionante... —farfulló Mork apuntando a la primera línea de ordenados voladores, guiados precisamente por las emisiones del brazalete que ellos conservaban todavía junto a los triciclos.

Y comenzaron a disparar.

La munición especial, explosiva, hacia trizas a aquellos animales imposibles y que caían envueltos en una nube de grandes plumas pesadas y oscuras como ánimas agotadas.

Pero eran demasiados, guiados con precisión, y no había modo de detenerlos.

—Continúa disparándoles, Burto, tengo una idea —gritó Mork y cogiendo el brazalete saltó sobre su triciclo.

Puso en funcionamiento el motor atómico y salió despedido por el corredor nevado siguiendo el rumbo por el que habían llegado hasta allí. Iba a mucha velocidad, confiando en su memoria. Ahora conocía el camino y podía imprimir a su vehículo una velocidad superior a la que habían llevado la primera vez.

Se detuvo dos kilómetros más adelante y miró sobre su propio hombro. La nube de pájaros lo seguía. Aquellos plumíferos monstruosos no podían resistir la llamada del anillo emisor, pero la matanza que los dos expedicionarios habían hecho los había puesto muy nerviosos.

Mork dejó que se aproximaran antes de reemprender la marcha. Ahora, aquel verdadero enjambre producía un concierto de infernales chillidos estridentes y lastimeros.

Mork decidió continuar todavía un par de kilómetros. Aprovechando una recta, disparó sobre el hombro con el fusil láser y varias aves cayeron incineradas por el rayo fatídico.

Entonces la recta terminó en una curva pronunciada y Mork detuvo el vehículo.

Saltó sobre la nieve portando el brazalete y corrió algunos metros antes de arrojarlo con todas sus fuerzas. Luego regresó deprisa al triciclo y emprendió el regreso a toda velocidad.

Los pájaros habían reducido la altura de vuelo y pasaban a un par de metros por encima de su cabeza, como inmensas aeronaves vivas y aullantes.

Mork se inclinó sobre el manillar del vehículo y procuró aumentar la velocidad,

La mayor parte de los plumíferos habían pasado ya sobre él persiguiendo las señales del brazalete y Mork levantó el rostro para mirar sobre su hombro.

Fue entonces cuando las patas de un pájaro rezagado lo golpearon con fuerza en el casco, expulsándolo del triciclo. Cayó sobre la nieve dando tumbos hasta chocar contra la ladera helada.

Sintió que la cabeza se le escapaba del cuerpo, envuelta en una nube caliente y brillante. Con enormes esfuerzo consiguió resistir el desmayo y arrodillarse.

El casco estaba dañado y el aire frío contribuyó a reanimarlo.

Miró a su alrededor y vio un pájaro enorme que daba grandes saltos desequilibrados en dirección a él. Estaba lo suficientemente aturdido como para observarlo como si no fuese él la víctima elegida por el rapaz.

Seguramente uno de los disparos le había seccionado la pata donde portaba su propio brazalete y ya no era requerido por la señal. Era nuevamente un ave de presa, peligrosa y temible, abrumada por el dolor de aquella herida brutal.

El largo pico afilado se abría y cerraba produciendo un ruido pastoso y desagradable.

Entonces Mork se recuperó totalmente y echó mano de su puñal.

Se sintió minúsculo y absurdo, pero no pensaba dejarse devorar sin resistencia.

Detrás del pájaro, el triciclo se había detenido contra la ladera, sin volcar.

Jamás podría alcanzar el fusil sujeto al asiento ni recuperar el que había volado de sus manos en el momento de la colisión.

Cuando el ave dio el último salto desesperado en su dirección, Mork se zambulló debajo de ella y clavó el puñal hasta la empuñadura en la carne dura, a través del poderoso colchón de plumas. Extrajo la hoja ensangrentada, pero el animal no pareció sentir el daño.

Por el contrario, se detuvo y metió la cabeza y el pico debajo de su propio cuerpo en una contorsión espasmódica y Mork apenas tuvo tiempo de echarse a un lado cuando el pico lo buscaba como una

estocada monstruosa.

Durante una fracción de segundo, vio junto a su rostro el ojo ciego del ave y hundió en él su cuchillo para rodar desesperadamente, alejándose.

El chillido del ave estuvo a punto de reventarle los tímpanos. Mork sabía que el bicho podía percibirlo mediante el olfato o merced al calor humano que emanaba de su cuerpo, pero de todos modos pensó que aquella cuchillada al ojo tal vez alcanzara su cerebro y acabara por eliminarlo.

Nada de eso.

El animal parecía todavía más furioso y en su salvaje locura, lanzaba picotazos en derredor como un molino letal.

Mork estaba atrapado contra la ladera, alerta, dispuesto a saltar en el momento oportuno.

El pico lo alcanzó ligeramente en un muslo y se dejó caer sobre la nieve, rodó debajo del animal y trató de incorporarse para correr hacia el fusil que saltara de sus manos.

Consiguió avanzar un par de metros antes de que sus piernas se hundieran en la nieve blanda, junto a la ladera, y cayera aparatosamente. Se volvió para ver que el ave se le echaba encima.

Levantó los brazos en cruz para protegerse el rostro, con el puñal apuntado hacia el pico babeante. Durante una fracción de segundo vio la cabeza ensangrentada del animal, con su ojo destrozado y el sonido gutural de su garganta seca.

Entonces supo que todo había concluido. Estaba inmovilizado frente al pájaro.

En su casco resonó la voz aguardentosa de aquella mujer remota pidiendo socorro...

El ave abrió su pico y, en ese instante, su cráneo estalló alcanzado por un impacto y toda su cabeza fue arrojada hacia atrás.

Mork se dio la vuelta.

A cincuenta metros de distancia, de pie sobre el asiento de su triciclo, Burto continuaba cubriéndolo con el fusil automático.

Un momento después estaba a su lado.

—Has llegado justo a tiempo, camarada.

—Si fallaba el disparo hubiese tenido que buscarte en las entrañas de ese maldito bicharraco.

—La voz... —dijo Mork—, continúa pidiendo ayuda.
—Creo que es hora de investigar el lago de luz.
—Sí, vamos allá.
—Antes te limpiaré la herida, chaval.

CAPITULO III

El viento arrastraba consigo la espesa capa de nubes que cubría el horizonte y el sol conseguía un efecto todavía más espectacular sobre la amplia cornisa.

Dejaron los triciclos junto a una gran roca nevada y avanzaron con precaución hacia el confín de aquel trozo llano y pulido, que terminaba en el fulgor destellante de los rayos solares.

Esta vez habían equipado sus cascos con un suplemento que les permitía resistir el embate magnético y cegador de la luz.

Mork asía con fuerza su fusil automático, observando a su alrededor con desconfianza. En cualquier momento, podían volver a aparecer los pájaros asesinos.

La voz continuaba enviando periódicamente su mensaje de socorro y el cerebro del capitán se había acostumbrado a anticipar el momento en que el sonido modulado y aguardentoso llenaba su imaginación. Aquella voz se había convertido casi en una compañía.

Se detuvieron en mitad de la comisa y echaron un último vistazo a su alrededor.

—No parece que haya más pájaros en las inmediaciones, Burto.

—Estoy pensando que si el brazalete ha enviado el mensaje a alguna central de control ya deberían estar buscándonos, quienes quiera que sean.

—Todo esto es muy extraño —reflexionó Mork—. Ven, echaremos una mirada a nuestro bonito «lago de luz».

Anduvieron la distancia que los separaba del extremo de la comisa y miraron atentamente. Los rayos del sol creaban una ilusión perfecta, tan perfecta que no podían superarla ni siquiera con los visores protectores.

—Prueba con el orientador —sugirió Burto,

Mork operó en su orientador de muñeca y la señal le indicó que se hallaban en un área yerma. Ninguna presencia en las proximidades.

—Si hay algún precipicio dos metros delante de nosotros, el orientador será ineficaz.

—Lo sé —replicó Mork y comenzó a avanzar muy despacio,

introduciéndose lentamente en las estribaciones brillantes de aquel lago de luz.

—No te apresures —le advirtió Burto.

—Tranquilízate... —murmuró Mork y súbitamente el piso desapareció debajo de sus pies y sintió que era devorado por un abismo invisible, sumergido en el resplandor solar.

Instintivamente echó el torso hacia atrás, girando sobre sí mismo y procurando asirse a algo con las manos agarrotadas.

El grito de Burto coincidió con su aterrizaje.

—¡Mork!

Burto se estiró sobre la superficie nevada y avanzando muy lentamente, palpando el terreno con las manos, llegó al borde del precipicio.

—¡Mork! —gritó nuevamente.

El capitán sintió que sus pies tocaban algo firme y su pecho rozaba la ladera nevada, mientras sus dedos como garfios hacían lo imposible por clavarse en la helada superficie.

Finalmente consiguió detener la caída. Estaba adherido al plano inclinado de la ladera del abismo, y casi no podía respirar por temor a que el más mínimo movimiento lo precipitara al fondo invisible de aquel vacío que lo rodeaba.

El grito de Burto le llegó claramente,

—¡Mork! ¿Dónde estás?

—Aquí. Ten cuidado, es un abismo...

—No alcanzo a verte, no veo absolutamente nada. El reflejo...

—Tranquilízate, voy a tratar de descender lentamente. Estoy en medio de una bruma brillante.

—¿Qué ocurrirá si vuelves a caer?

—Busca una cuerda.

Burto Shane corrió hasta los triciclos y cogió del suyo una mochila de exploración. Se trataba de una estructura de material ligero, plástico en aleación, conteniendo un equipo completo de supervivencia según las experiencias recogidas durante siglos de exploración espacial en mundos de todas las características.

Extrajo una larga cuerda enrollada en un adminiculo luminoso que emitía una señal roja muy fuerte y, sujetando un extremo, lanzó lentamente el adminiculo hacia el lago de luz.

—Un poco más, Burto, ya lo veo —le llegó la voz del capitán.

Lanzó todavía dos o tres metros de cuerda y Mork asió el extremo luminoso.

—¿La has cogido?

—Sí, ya la tengo.

—Bien, no te muevas, dispondré el mecanismo de fuerza.

Burto clavó en la nieve una larga varilla aguzada y sujetó a ella un minúsculo rotor dentro del que introdujo el extremo de la cuerda.

—¿Preparado? —preguntó.

—Estoy dispuesto —replicó Mork.

Burto presionó un sensor en el rotor encapsulado y este comenzó a engullir la cuerda, alzando a Mork hacia la superficie de la meseta helada.

Burto le dio la mano cuando la cabeza de Mork, protegida por la escafandra, surgió del lago de luz,

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

El adminículo había sido fijado al cinturón del traje de Mork de modo tal que si por alguna razón hubiese perdido el conocimiento o no estuviese en condiciones de resistir la tracción del rotor mediante la exclusiva fuerza de sus músculos, hubiese sido igualmente izado.

—¿Has visto algo debajo de la superficie brillante? —quiso saber Burto.

—Nada, El reflejo debe tener varios metros de espesar, pero estoy seguro de que hay algo debajo. Puedo olerlo.

—Bien, entonces exploraremos la zona con método.

—Sí, me he comportado como un novato.

—Es un modo de rejuvenecer —bromeó Burto mientras recogía el aparejo y lo devolvía a la mochila.

Mork recogió su propia mochila y la ajustó a su espalda. Luego llevó su triciclo atómico junto al borde de la cornisa y allí lo fijó mecánicamente al suelo nevado.

—Descenderemos lentamente y con sistemas separados —dijo a Burto.

—De acuerdo.

—Dejaremos el láser aquí y llevaremos los fusiles automáticos. No sabemos cuál es el sistema energético utilizado por los seres

inteligentes de allí abajo y...

—No te anticipes a los acontecimientos, tal vez no haya nada en el fondo del lago de luz —lo cortó Burto.

—Hay algo, pero de todos modos no me gustaría que la energía del láser desequilibrara un sistema energético que desconocemos.

—De acuerdo.

Detrás del contenedor-portaequipajes del triciclo y fijado a su borde inferior había un cilindro de varios centímetros de espesor. Mork quitó un trozo del cilindro y dejó al descubierto dos rodillos con sendas cuerdas más gruesas que las que portaban en las mochilas. Extrajo los extremos de las cuerdas y entregó uno a Burto.

—Yo descenderé en primer lugar. Quiero que sepas que estamos en *emergencia primaria.*

Burto sostuvo la mirada del capitán y enganchó la cuerda que le ofrecían en su propio cinturón.

Emergencia primaria significaba que, ante una situación desconocida que podía ofrecer un riesgo incalculable, lo primordial era salvar la vida y poder regresar a la base con la información recogida. No había lugar para heroísmos mortales; el progreso se edificaba sobre el sentido común y el criterio científico y no aobretaentos sentimentales.

—¿De acuerdo, Burto?

—Emergencia primaria, de acuerdo —dijo el aludido.

—Bien, descenderemos con seis metros de diferencia. Cuando consiga traspasar la capa brillante, me detendré y te informaré de lo que vea antes de que tú aparezcas del otro lado. Si hay algún peligro no quiero que nos capturen o eliminen a los dos.

—¿De qué estás hablando?

Mork lo miró con interés. Sabía que estaba imaginando más de lo adecuado, pero algo lo impulsaba a hacerlo. Tenía la absoluta certeza de que, debajo de aquel lago luminoso y bellísimo, se encontraba el secreto de la voz que continuaba taladrándole el cerebro, y que la exploración no sería un paseo exento de peligros.

—Créeme Burto, allí abajo hay algo peligroso.

—Puede ser, pero no te anticipes. ¿Dónde has dejado tu firme y escéptico espíritu científico?

—Está aquí —replicó Mork señalando su casco—.

Y la voz continúa llamando una y otra vez.

—Crearé una barrera electromagnética de protección que envuelva el triciclo. No quiero que uno de esos pájaros venga a comprobar si no se trata de un postre de otro mundo.

—Bien, yo comienzo el descenso.

Utilizando un circuito de control en su propia mochila, Mork activó el rodillo del triciclo y la cuerda comenzó a desenrollarse lentamente.

Llegó el borde de la cornisa, se dio la vuelta y se dejó caer en el abismo abrillantado sujeto por la cuerda. En su mano derecha sostenía el fusil automático apoyado en la cintura, listo para disparar a la menor necesidad.

El orientador, fijo en su muñeca izquierda, iba registrando los metros descendidos. Cuando indicó los seis metros, Mork supo que Burto iba detrás de él.

Tenían ciento cincuenta metros de cuerda en cada rodillo, más unos cincuenta metros más en sus mochilas. Debía ser suficiente.

El orientador luminoso registró quince metros y luego veinte.

—Veinte metros y nada todavía —dijo por el interfono del casco.

—Ten cuidado, Mork.

—La voz es más consistente, la escucho con mayor nitidez y potencia.

—Ten cuidado —repitió Burto.

Al filo de los treinta metros, Mork vio que sus pies desaparecían de su vista y comprendió que estaba saliendo de aquella capa fulgurante construida sobre las «Parcas» por el sol añejo.

Sintió que el corazón se solidificaba en su pecho y contuvo la respiración.

Lentamente, su cuerpo fue desapareciendo para reaparecer de pronto cuando su rostro escapó a la bruma brillosa.

—Ya está, Burto —dijo por el interfono y detuvo su descenso.

—¿Has visto algo? —llegó la voz de Burto.

—No veo nada por la sencilla razón de que estoy encandilado por la travesía. En unos pocos momentos podré decirte algo.

Apretó los párpados y dejó que algunas lágrimas lavaran el ardor de sus pupilas. A pesar del visor de su casco, el fulgor de los mil

reflejos de aquella nube titilante había conseguido perturbarle la visión.

Procuró superar el picor y, lentamente, fue recuperando la visibilidad.

Lo primero que pensó fue que se hallaba suspendido sobre un mundo infantil, construido en forma de maqueta y expuesto en alguna feria tecnológica de las que se hacían anualmente en la Tierra para divulgar los últimos adelantos de la ciencia y el saber humanos.

Sólo que esta vez se trataba de una maqueta de tamaño natural que se abría a sus pies, como si él no fuera más que una cámara cinematográfica realizando una toma aérea por encima de un gigantesco plató.

Y entonces, espontáneamente, alzó el rostro en busca de Burto, como si deseara buscar una referencia con la cual compartir su estupefacción.

Y lo que vio resultó todavía más sorprendente.

Podía ver perfectamente a Burto y, más allá de él, el recorte preciso del borde de la cornisa y el sol añejo y de rayos rasantes en un extremo del horizonte.

El reflejo se percibía desde arriba, no desde abajo.

Y entonces vio el enorme pájaro descendiendo velozmente hacia Burto.

Levantó el fusil y procurando que la cuerda no girara en el momento del disparo, presionó el gatillo.

Fue una ráfaga corta y precisa.

Los proyectiles explosivos alcanzaron el pecho emplumado del ave y la destrozaron completamente.

La voz de Burto le llegó desesperada:

—¡Mork!, ¿qué ocurre?

—Tranquilízate y desciende a treinta metros.

Pocos segundos después, Mork sujetaba a su amigo, que se esforzaba por recuperar la visión. Cuando lo hubo conseguido miró al capitán y éste señaló hacia arriba.

Burto siguió la dirección que le indicaban y comprendió que, en ningún momento, habían estado ocultos por aquel lago de luz para un eventual vigía del valle.

Y entonces miró el valle.

Las laderas eran cilindros pegados unos a otros, perfectamente pulidos y ligeramente inclinados.

A unos doscientos metros de donde ellos se hallaban, comenzaba la ciudad. Porque tenía que ser una ciudad.

Mork y Burto estaban suspendidos a cien metros de altura sobre una ciudad de edificios regulares, brillantes, pulidos y organizados simétricamente formando dameros en la zona central para abrirse como una estrella de seis puntas en los extremos hasta abarcar la superficie del valle.

Las calles, perfectamente limpias y construidas del mismo material que los edificios, estaban desiertas. Burto miró al capitán.

—¿Por qué los disparos?

Un pájaro iba a engullirme, camarada —dijo Mork

Los dos amigos miraron a sus pies y vieron el cuerpo monstruoso del ave reventado contra el suelo.

—Allí lo tienes —dijo Mork.

El pájaro había caído en una planicie tan pulida como el resto del valle, y sobre la cual se divisaban desde el aire, unos grandes cuadrados de tono verdoso sobre la impecable sabana gris pulida.

Está desierto… abandonado... —murmuró Burto aterrando con fuerza su fusil.

Tal vez te equivoques. Quítate el casco y comprobarás la potencia de la voz. Es como si estuviese a pocos metros, gritando una y otra vez, sin detenerse...

—Será mejor que bajemos a echar un vistazo —dijo Burto.

Los dos a la vez, uno junto al otro, comenzaron a descender suspendidos de las cuerdas, mirando al valle como si se tratara de una alucinación.

¿Cuál será el misterio, camarada? —preguntó

—Detente —dijo quedamente Burto,

Mork presionó el sensor de su mochila y detuvo el descenso.

—Mira... allí —indicó Burto,

De algún sitio había aparecido un robot.

Era un monstruo enorme, de más de tres metros de altura, y se desplazaba con grandes zancadas de sus dos piernas poderosas. Tenía una cabeza circular y un torso delgado y sólido. Dos grandes brazos, largos casi hasta las articulaciones de las rodillas y

rematados en un manojo de dedos-pinza, brotaban flexiblemente de sus hombros.

Mork indicó a Burto que no dijera nada.

El engendro tecnológico se dirigió sin prisas al sitio donde había caído el ave y se detuvo un instante junto al cuerpo, deshecho por los disparos.

Mork y Burto permanecían mudos y expectantes.

Los largos brazos flexibles se movían con precisión; y cuando los dedos-pinza alcanzaron el cuerpo del ave, comenzaron a fracturarlo sistemáticamente doblándolo meticulosamente hasta conformar con él un paquete que el robot cogió entonces contra su pecho e irguiéndose dio media vuelta y se dirigió sin prisas hacia un extremo del valle.

Sin que Mork y Burto pudiesen comprenderlo, el robot comenzó a desaparecer de abajo hacia arriba, como si estuviese descendiendo por una escalera invisible hasta que quedó sepultado por aquella sabana pulida y gris.

Mork miró hacia arriba y luego a Burto.

—No hay nieve en el valle —dijo.

—Es cierto, las laderas no tienen rastros de hielo —confirmó Burto.

—Aguarda un instante —dijo Mork y giró en su cuerda para mirar en derredor—. Mira allí, sobre la ladera, donde comienza la nieve. Allí es donde termina el colchón brillante. ¿Lo ves?

—Sí, es como si ese colchón de luz sirviera de capa aisladora. ¿Qué temperatura hacía allá arriba?

—Treinta grados bajo cero.

—Pues según mi indicador aquí hay sólo cinco grados bajo cero... no aguarda... cinco grados sobre cero y...

Mork, que también observaba su orientador, sonrió.

—Es una temperatura oscilante entre menos cinco grados y cinco grados. Fría, pero que impide que la nieve se concentre y...

—La nieve no atraviesa la capa brillante —aseguró Burto.

—Lo hace en forma de agua y, por algún mecanismo, se evapora al tocar el suelo. Ya lo verás cuando nieve.

—Esto no me gusta nada, Mork. Es extraño, demasiado extraño.

—Hay allí una mujer, una mujer terrícola que habla en inglés,

un idioma que desapareció hace dos mil años, y que necesita ayuda. Eso también es extraño, pero tenemos que ver de qué se trata.

—Creo que será mejor dejarnos los cascos.

—El tuyo está averiado.

—De todos modos sólo filtra el sonido, las ondas sonoras, y no la temperatura. Me servirá.

—¿Qué temes? —preguntó Burto.

—No lo sé.

Continuaron el descenso muy lentamente, observando a su alrededor con desconfianza, aproximándose a los terrados de aquellos edificios perfectos y aparentemente deshabitados.

Cuando tocaron el suelo, el orientador registró su consistencia y temperatura como carentes de peligro.

Se desamarraron y soltaron las cuerdas.

—¿Las envío a los rodillos? —preguntó Burto.

—Sí, de lo contrario el robot vendrá a recogerlas —bromeó Mork.

—Tal vez venga a por nosotros, al fin y al cabo también somos intrusos.

Mork se volvió hacia el sitio por donde había desaparecido el monstruo metálico y su rostro se endureció.

—Tienes razón —dijo con voz grave.

La cabeza circular comenzaba a aparecer a nivel del suelo para crecer lentamente y depositar sobre la sabana metálica la temible presencia del robot.

—Viene a por nosotros —dijo Burto levantando el fusil.

—Todavía no dispares.

En su casco, la voz profunda repetía con una voz que a Mork le parecía más apremiante: *«asistencia... socorro...»*

CAPITULO IV

Burto sostenía el fusil contra el hombro y apuntaba la alta figura cibernética que avanzaba lentamente hacia ellos.

—¿Qué esperamos? —preguntó el capitán.

—No lo sé, pero tal vez sea mejor eludirlo.

Comenzaron a retroceder hacia el núcleo central de aquella aséptica ciudad vacía, caminando a buen paso sobre la calle pulida y gris.

El robot los seguía sin aumentar la velocidad.

—Los edificios están cerrados —comentó Burto.

La construcción metálica a ambos lados de la calle, una calle sin aceras, tenía poco más de treinta metros de altura y sus fachadas eran ciegas sin aberturas.

La luz del sol brillaba en el valle en una perpetua mañana brillante, aumentada por el extraño efecto luminoso del «lago de luz». Mientras el resto del planeta parecía condenado a un eterno crepúsculo por la lejana energía de un sol demasiado lejano y añejo, los escasos rayos rasantes se multiplicaban en el lago de luz y conferían una brillantez excepcional al valle solitario y escondido.

Mork se acercó a uno de los edificios y palpó la fachada ciega.

Existían en ella las marcas de las aberturas, los contornos soldados de las aberturas, como si hubiese sido selladas premeditadamente por alguna razón que ellos no podían adivinar,

—El orientador no registra ninguna presencia dañina —informó Burto.

Continuaron andando alejándose del paso lento, pero continuo, del robot y giraron en la primera esquina. Todos los edificios eran exactamente iguales, sin aberturas expeditas.

—Parece una ciudad-sepulcro —dijo Mork, intentando abrir alguna de aquellas puertas sugeridas en la pulida superficie de la fachada.

Burto estaba atento a la esquina, con el fusil dispuesto, aguardando la aparición del hombre-mecánico.

—Vamos —ordenó Mork—, continuemos adelante. El orientador capta ya la procedencia de la voz. He ajustado el

orientador al terminal portátil de la minicomputadora. La voz proviene de aquel sector.

Señaló el extremo de la calle.

—Andando —dijo Burto mirando por sobre el hombro.

A cien metros de ellos, con su paso constante, el robot surgió como una figura alucinante en la calle desierta de la ciudad muerta.

—¿Qué ocurrirá si no conseguimos detenerle? No tenemos la menor idea de qué está construido —reflexionó Burto.

—Prefiero no intentar destruirlo a menos que resulte imprescindible.

—¿Por qué razón?

El tono de Burto daba muestras de irritación.

—Por dos razones. La primera se refiere a que nuestro cometido como exploradores del espacio es procurar evitar la violencia en mundos habitados. La segunda razón no es muy clara, pero tengo el presentimiento de que si eliminamos al robot tal vez ocurra algo. Debe estar conectado a algún sistema de control. No sabemos cuál es su programación ni cuál será la respuesta del sistema de control si, de repente, su criatura deja de recibir señales. ¿Comprendes?

—Comprendo, pero he visto de qué modo quebró los huesos del ave muerta y no tengo ninguna intención de dejarlo aproximarse.

—Tranquilízate, mientras no aumente su velocidad podremos eludirlo.

Continuaron avanzando en línea recta por la misma calle hasta la estribación del centro de la ciudad vacía, donde el sistema de dameros era sustituido por los largos tentáculos de la estrella que habían conseguido divisar desde el aire.

El robot continuaba imperturbable su persecución.

—Tiene que ser por aquí cerca —reflexionó Mork, totalmente obsesionado por el mensaje que se repetía una y otra vez en su cerebro.

Y repentinamente, la situación se alteró.

—Se precipita hacia nosotros —se alarmó Burto que no perdía de vista los movimientos del monstruo.

Mork se dio la vuelta.

Efectivamente. El robot había cuadriplicado su velocidad y se aproximaba violentamente hacia ellos.

Mork miró nuevamente hacia el frente y procuró descubrir el edificio del que provenía el mensaje.

—Voy a dispararle —anunció Burto.

—¡Un momento! Ven conmigo.

Corrieron rápidamente hacia la izquierda y verificaron que la velocidad del robot se reducía.

Con la misma velocidad corrieron hacia la derecha y el robot recuperó su velocidad.

Se detuvieron.

—Ya entiendo —dijo Burto—, está programado para que nada se aproxime a aquel sector,

—De allí proviene el mensaje —dijo Mork y se llevó el fusil a la cara.

—¿Emergencia primaria? —preguntó Burto,

—Emergencia primaria, no sabemos qué diablos puede ocurrir cuando eliminemos al robot.

Dispararon a la vez, al pecho del monstruo.

No ocurrió nada. Los proyectiles explosivos estallaron sobre el pecho acorazado y apenas si consiguieron desequilibrar momentáneamente el paso seguro del antropoide mecánico.

Burto continuó disparando, apuntando en línea recta desde el pecho hacia la inserción de las piernas mecánicas y las rodillas articuladas.

El monstruo continuaba su marcha amenazadora.

—No tenemos más remedio —dijo Mork y lanzó una andanada a la cabeza del robot.

Varios proyectiles alcanzaron la esfera sin ningún resultado, y ya lo tenían a una veintena de metros cuando uno de los disparos debió impactar en un punto que carecía de blindaje, porque el estallido detuvo el paso del monstruo.

Permaneció erguido, moviendo los brazos flexibles como aspas y un vapor azulino comenzó a brotar de un punto de su testuz metálico, justamente debajo de la mandíbula, en la inserción de la cabeza globosa con el cuello articulado.

Su aspecto antropomórfico era todavía más preciso visto de cerca. Tenía un rostro compuesto por sensores y dispositivos semejantes a los órganos exteriores del rostro humano. Una nariz y

ojos pequeños con sendas pantallas ciegas. El sitio de las orejas estaba compuesto por dos tubos grises que giraban locamente, como radares portátiles.

—Está emitiendo —dijo Burto.

—Sí, creo que puede vemos y oímos y hasta... olfatearnos.

—Si alguien está viéndonos a través de él, comprenderá que no tenemos malas intenciones.

—Tal vez —asintió Mork sin mucha convicción—. No puedo imaginarme ningún ser oculto en este sitio. ¿Por qué razón no se habría comunicado con nosotros?

—Olvida tu lógica —advirtió Burto. —Vamos, tenemos que dar con la voz.

Giraron dándole la espalda al monstruo, que continuaba sus movimientos descontrolados, y se dirigieron al edificio que había alertado al robot.

Era una construcción similar a las demás, sólo que en su caso estaba ligeramente separada de los edificios lindantes, como si deliberadamente fuese diferenciada por aquella aislación mínima, sólo perceptible desde muy cerca.

No tenía aberturas expeditas, pero sí la sugerencia del sitio por donde se accedía a él.

—La voz es precisa y potente ahora —anunció Mork.

—Tenemos que entrar allí.

Estaban a una veintena de metros y avanzaban cautelosamente, mirando en derredor vigilantes y desconfiados.

Jamás se habían topado con nada semejante. Podían sentir la agitación de la sangre en sus cuerpos y la lucidez del cerebro enfrentado con el peligro desconocido.

Se detuvieron un momento en el centro de la calle con las armas prestas.

—Voy a adelantarme yo solo. Tú cúbreme, camarada.

—De acuerdo —aceptó Burto.

Mork avanzó hacia el edificio y sólo estaba a un par de metros de él, cuando de los pasillos que separaban la construcción del resto surgieron una decena de robots similares al que acababan de abatir.

Los robots los rodearon y permanecieron inmóviles. Todo había ocurrido en una fracción de segundo.

Burto levantó el fusil y comenzó a disparar. Apuntó al cuello y las ráfagas se sucedieron vertiginosamente. Mork se agachó y disparó al rostro de los monstruos mecánicos, procurando destrozar aquellos órganos de superficie que suponía eran los sensores externos que comunicaban al sistema de control lo que estaba ocurriendo.

Abatieron a varios de ellos y tuvieron que retroceder, alejándose de aquel ejército letal para no ser cogidos y destrozados.

Llegaron a la primera esquina perseguidos por los robots que habían aminorado su paso.

—Defienden ese edificio —dijo Mork—. Será mejor que nos separemos. Tú aléjate y yo procuraré acercarme de algún modo. Aguarda mi mensaje antes de reunirte conmigo. Tal vez les sirva de estímulo.

—Cuídate —advirtió Burto y se lanzó a la carrera por una calle transversal, perseguido por varios robots.

Mork hizo lo propio en sentido opuesto, corriendo paralelamente al edificio protegido, que se alzaba ahora a un centenar de metros. Un grupo de cuatro monstruos se lanzó tras él.

Y, entonces tuvo la sensación de que durante todos aquellos años de exploración espacial se había ido convenciendo inconscientemente de que jamás se enfrentaría con una civilización inteligente. Lentamente se había hecho a la idea, a la idea de que sólo tendría que enfrentarse con animales extraños y paisajes peligrosos y sombríos, con territorios ignotos e impredecibles, pero por alguna razón de inmensa importancia había llegado al convencimiento último de que no toparía nunca con una civilización inteligente.

Tal vez esta ciudad no estuviera habitada por seres inteligentes; sin embargo alguien tenía que haber construido y programado al ejército de monstruos cibernéticos.

Mientras corría, mirando sobre el hombro el avance de sus impasibles enemigos, supo que estaba a punto de dar con uno de los mayores hallazgos de toda la historia de la exploración espacial: iba a averiguar si verdaderamente existía allí, o había existido, un tipo de vida inteligente diferente a la del hombre terrestre.

Se detuvo.

Había conseguido una enorme ventaja sobre sus perseguidores y calculó que podría contar con algunos minutos si corría ahora hacia el edificio en cuestión.

Se quitó la mochila de la espalda y la ajustó sobre su pecho. Extrajo de ella el extremo de la cuerda y verificó el perfecto funcionamiento del rotor. Luego corrió velozmente hacia el extremo de la calle y torció hacia la derecha.

Cuando llegó a la fachada posterior del edificio, los robots que le perseguían todavía no habían doblado la esquina.

Abrió un garfio en el extremo de la cuerda, lo sujetó al fusil y apuntó hacia el terrado. Alteró el mecanismo de disparo y esta vez en lugar del proyectil explosivo especial, el garfio fue enviado precisamente al terrado.

Se colgó el fusil del hombro y tiró de la cuerda. El garfio se afirmó con seguridad en el terrado y Mork puso en funcionamiento el rotor.

La cuerda comenzó a enrollarse dentro de la mochila y él inició el ascenso por la lisa pared de la fachada posterior.

Los robots habían doblado la esquina y se aproximaban velozmente. Cuando llegaron hasta él, Mork ya estaba a quince metros de altura y continuaba ascendiendo.

Llegó al terrado y se echó de bruces para mirar hacia abajo. Los robots se habían detenido confundidos y permanecían inmóviles girando las cabezas en redondo, como peonzas sensitivas, en busca de alguna señal.

Tarde o temprano lo buscarían en el terrado, pero por ahora tenía algunos minutos de tiempo.

Volvió a colocarse la mochila a la espalda y aferrando con fuerza el fusil, observó el terrado.

Era extraño.

Estaba cubierto de prismas giratorios pulidos como diamantes, de no más de sesenta centímetros de altura. Eran prismas con bases diferentes, hexagonales, octogonales y también triangulares. Todos giraban con excesiva lentitud y a pesar que el sol les daba de lleno, no producían ningún reflejo.

El orientador le indicó que allí, en el terrado, la temperatura era diez grados centígrados.

Mork echó un vistazo a los edificios colindantes y descubrió en todos ellos el mismo sistema de prismas giratorios. No los habían visto cuando estaban suspendidos de las cuerdas a mucha altura porque no reflejaban la luz del sol.

Era como si la luz, en realidad, fuese devorada por los prismas y no expulsada en forma de reflejos relampagueantes.

Pensó en comunicarse con Burto pero decidió no hacerlo todavía, no deseaba alertar a los robots.

Podía escuchar en la distancia las ráfagas del fusil automático de su amigo.

La voz pidiendo ayuda continuaba resonando en su cerebro, pero ya se había acostumbrado a ella y no lo conmovía. Tenía un solo objetivo ahora y consistía en entrar en el edificio.

Buscó minuciosamente una entrada en el terrado y finalmente dio con una compuerta debajo de un prisma octogonal.

El orientador indicó que no había peligro inmediato y el terminal del ordenador verificó la cualidad del material del prisma. Era algo parecido al diamante y cuando Mork se quitó el guante para tocarlo, comprobó que contrariamente a lo que había supuesto, la superficie estaba ligeramente tibia. Él había pensado que estaría hirviendo.

Decidió que ya pensaría luego en el misterio de aquellos prismas y comenzó a quitar la compuerta con mucho cuidado.

Cuando la hubo abierto y miró al interior oscuro del edificio, no pudo ver más que una habitación amplia y vacía. Estaba a punto de descolgarse dentro de ella cuando algo llamó su atención. O mejor dicho, la ausencia de algo.

Ya no se oían más disparos.

Se encontraba tan pendiente de aquel silencio, que el grito súbito por el interfono casi le taladró el cerebro:

—¡Mork!

Y luego el silencio.

Se mordió los labios para no responder a aquel grito desesperado, pero sabía que si su respuesta lo descubría, no podría ayudar a Burto. Y por otra parte, se hallaban en situación de emergencia primaria.

Un sudor frío le cubrió el rostro. Las pupilas le ardían y las sienes parecían a punto de estallarle. Respiró profundamente y sin

pensarlo más, se descolgó dentro de la habitación vacía.

Desde adentro volvió a colocar en su sitio la compuerta y cuando lo hubo hecho, la oscuridad se convirtió en una luz difusa y ligeramente violácea.

El orientador no daba muestras de nada peligroso, pero lo sorprendió la temperatura que registraba: veinte grados bajo cero.

Avanzó hada un extremo de la habitación y se plantó frente a un panel.

Apoyó la mano sobre él buscando el modo de abrirlo, cuando éste se deslizó suavemente.

Se encontró en el extremo de un pasillo sin otra abertura que un doble panel en el extremo opuesto. Se apresuró hacia allí y repitió el gesto de apoyar su maro en la superficie del panel para que éste se abriera.

Dio dos pasos y se detuvo maravillado.

El interior del edificio era hueco y desde la plataforma en que se hallaba, Mork Koiro tuvo una amplia perspectiva de lo que encerraba aquella construcción. Un complicado sistema de tubos, placas y minúsculos capilares transparentes conducían la luz solar que captaban los prismas del terrado, encerrados todos dentro de grandes canales de amplio diámetro que recorrían las paredes interiores del edificio como nervios absolutamente translúcidos. Mork tuvo la idea de que se trataba de una gigantesca serpiente tecnológica, adherida a los muros en una siesta eterna y helada.

La temperatura era de treinta grados centígrados bajo cero.

El traje lo aislaba del frío, pero podía sentirlo como una presencia paradójica. Ahora comprendía el significado de aquellos prismas en el terrado: eran captadores de calor solar. Y comprendía también el porqué de aquel «lago de luz» que aislaba el valle. En realidad, cumplía una doble función. De una parte ocultaba el valle a una posible observación aérea y de otra parte creaba un complicado sistema de inserción solar de reproducción infinitesimal de aquellos rayos moribundos, generando una poderosísima energía que era fagocitada por los prismas de los terrados y conducía a algún sitio. Pero entonces, si había tanta energía acumulada, ¿cuál era la razón de aquella temperatura bajísima en el interior del edificio?

La luz violácea indicaba que abajo, más allá incluso del nivel del

suelo, podía hallarse la respuesta. Mork empezó a descender por una escalerilla, atento al menor sonido.

Todo era silencio y frio.

Pensó en Burto y ahogó la impotencia en el murmullo de la voz que volvía una y otra vez a invadir su cerebro: *«socorro... socorro... por favor...»*

Cuando hubo llegado al nivel del suelo, treinta metros más abajo, descubrió el extremo cónico, perfectamente conservado, de una nave espacial.

Era un módulo muy antiguo de exploración limitada. Uno de aquellos vehículos con los que el explorador podía abandonar la nave-madre y realizar rápidos vuelos de inspección. Conocía el tipo por los registros históricos, pero calculó que debía tener varios siglos de antigüedad.

Continuó descendiendo, internándose en un amplísimo hangar subterráneo, atento a la penumbra, a la escasa visibilidad generada por la luz violácea.

Ahora descendía por una escalerilla acaracolada a lo largo del cuerpo de la nave. Sentía una excitación muy especial, aunque no sorprendente; de algún modo, su cerebro había llegado a la conclusión inconsciente de que hallaría una referencia terrícola.

Y allí la tenía, ante sí.

Una nave terrestre, muy antigua, en perfecto estado de conservación, en cuya superficie podía leer con claridad: «NASA-USA» y más abajo, en grandes letras rojas y azules: «INTRUDER ALFA».

No podía convencerse de que, efectivamente, se hallaba ante una nave de exploración terrestre de dos mil años de antigüedad. ¿Cómo era posible que en aquella época una nave semejante pudiese llegar a semejante distancia —años luz— de la Tierra?

Dio una vuelta a la nave y buscó algún dato significativo en el exterior, pero no pudo dar con él. En el área de los motores del vehículo había una sujeción translúcida que unía la nave al sistema energético del edificio.

Buscó la compuerta de acceso de la nave y la abrió sin dificultad.

Se encaminó hacia la cabina de control.

Todo parecía en perfecto estado aunque los indicadores de energía de la nave revelaban que no poseía ningún combustible. Su pila atómica se había agotado y tal vez esa razón explicara...

No pudo continuar reflexionando. Ante él, envuelta en un caparazón de hielo, una mujer bellísima lo observaba con una expresión de infinita tristeza.

Mork se aproximó muy lentamente, fascinado por el descubrimiento.

Era una mujer joven, de no más de treinta años, de largos cabellos morenos y ojos inmensamente profundos, de color indefinible. Su rostro bellísimo parecía sereno en su sarcófago de hielo, pero las pupilas revelaban una dolorosa vitalidad.

Su cuerpo, enfundado en un traje de antiguo estilo color plateado brillante, era sinuoso y estaba recogido, ligeramente flexionado. Se hallaba dispuesto con las rodillas apenas dobladas, el torso inclinado hacia atrás y los brazos a los costados, laxos. Era como si aquel bloque de hielo hubiese adecuado para su largo cautiverio mortal una morfología de extrema comodidad.

La voz le llegó con tanta nitidez, que Mork pensó que ella estaba hablándole: *«por favor... por favor...»*

Y entonces se le ocurrió.

Se quitó el guante de la mano derecha y tocó el bloque de hielo. Sintió el frío extremo y el orientador indicó que su temperatura era de 40 °C bajo cero, sólo que no se trataba de hielo. Era un material que no conocía y estaba vinculado al sistema energético general del edificio mediante aquella sujeción que Mork había visto en el exterior.

—Está viva —dijo en voz alta, casi con naturalidad, y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

CAPITULO V

Miró a su alrededor.

Tenía que rescatar el cuerpo de la mujer de su celda helada, sólo que no sabía cómo hacerlo ni tampoco qué consecuencias podría tener sobre ella el hecho de aislarla súbitamente de su largo cautiverio en hibernación.

Todas las preguntas del mundo rondaron su cerebro. Finalmente se despojó de la mochila y la abrió delante de la mujer.

Extrajo la minicomputadora y comprobó todas las variables posibles capaces de ser analizadas por la programación de sus instrumentos. No tuvo ninguna certeza, pero tenía que intentar liberarla.

Reflexionó durante algunos minutos, buscando el modo de atravesar el bloque helado.

Siguió con las manos el cordón energético que vinculaba el bloque con el conducto central de la nave y sin pensarlo más, lo desconectó.

Regresó junto a la muchacha y se sentó delante de ella. No percibió ninguna alteración en ella y tampoco la esperaba con tanta rapidez. Conectó una aguja biológica a la minicomputadora y luego la clavó en el bloque utilizando para ello el recurso de calentarla artificialmente. La aguja llegó hasta el cuerpo de la muchacha y su punta microscópica se clavó en su carne.

Los datos transmitidos a la minicomputadora comenzaron a brotar como un milagro.

Las constantes vitales eran mínimas y sus indicaciones fisiológicas comenzaron a crecer desde su nivel de casi cero absoluto.

El bloque perdió solidez y se hizo blando y ligero a medida que transcurrían los minutos. Mork observaba fascinado el color que comenzaba a teñir la palidez cadavérica del rostro y las manos de la muchacha.

Aquel material congelante que la envolvía la preservaba del envejecimiento celular y, a la vez, controlaba el crecimiento descontrolado de cabellos y uñas.

El proceso de resurrección era rápido y seguro. Mork supuso que el sistema estaba programado para que, en el caso de una interrupción en el conducto energético, el proceso se hiciera reversible.

Y supuso algo más.

Para el caso de que el proceso se hiciera reversible, algo más se habría previsto, desde la central desconocida de aquella ciudad incomprensible.

Se dirigió a los visores laterales de la nave y miró con aprensión hacia el inmenso hangar subterráneo. Nada llamó su atención.

Continuó observando durante una hora, controlando a la vez el proceso de resurrección de la muchacha. Continuaba escuchando la voz que requería ayuda y llegó a la conclusión que aquella llamada de auxilio se conservaba en ondas sonoras en la atmósfera y que sólo podía captarlas otro ser humano.

Tal vez la muchacha hubiese enviado el mensaje mientras era sometida a aquel procedimiento de hibernación, del que ahora estaba liberándose.

El bloque no era más que una mortaja transparente, enrollada, arrugada sobre el cuerpo soberbio de la mujer.

Con su puñal, Mork cortó la cobertura y pudo tocar el cuerpo inmóvil.

Ella parpadeó y las aletas de la nariz se distendieron en una profunda inspiración.

Mork le cogió la muñeca y controló el pulso. La observaba fijamente y pudo leer en el brillo de su mirada el lento retorno a la vida tras dos mil años de hibernación.

Sentía la imperiosa necesidad de hablar con ella, de preguntarle cómo había llegado hasta allí, de qué modo había conseguido sobrevivir durante tantos siglos.

Parecía una fantasía y en realidad. Mork era incapaz de sustraerse al encanto de tamaña descubrimiento.

La muchacha parecía luchar contra una pesada bruma de olvido y recuerdos, como una nadadora fatigada en medio de una corriente demasiado violenta.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Mork y creyó descubrir una luz diferente, ligeramente interesada, en el hondo azul de sus pupilas.

Aguardó unos instantes y repitió !a pregunta:

—¿Te sientes bien?

Ella abrió la boca y trató de articular una frase pero le resultó imposible.

Dentro de la escafandra, el mecanismo traductor vocalizaba en inglés las preguntas del capitán.

—¿Quién... quién... eres tú...? —balbuceó con dificultad.

A pesar de la forzada entonación de las palabras

Mork pudo reconocer el tono aguardentoso de la llamada que todavía salpicaba en su cerebro.

—Mi nombre es Mork Koiro, soy capitán de exploración de la Confederación Terráquea y...

Se interrumpió.

La mujer observaba a su alrededor con desconfianza como si hubiese despertado en un país extraño.

—¿No reconoces tu propia nave? —preguntó Mork sonriendo.

—¿Cómo...?

Un ruido apagado, pero contundente, llegó desde afuera.

Mork se precipitó hacia el visor lateral y echó un vistazo.

Por la misma escalerilla que él había utilizado, descendían media docena de robots. No eran los mismos antropoides mecánicos que viera en el exterior, sino que se trataba de ingenios más reducidos, casi de la altura de un hombre corpulento y no tenían más que un único brazo en el centro del pecho. Un brazo corto y amenazador.

Eran robots de guerra.

--¿Puedes andar? —preguntó Mork dándose la vuelta.

Ella ya se había puesto de pie y flexionaba las rodillas y los codos.

—Sí, creo que sí... yo...

—Por favor, tienes que escucharme con atención, luego podré explicártelo todo. Nosotros...

—¿Qué...?

—Escúchame, por favor —insistió Mork cogiéndola por los hombros.

Ella lo observaba con profundo interés.

—Allí fuera hay un grupo de robots que intentarán detenemos.

Tenemos que escapar de aquí. ¿Comprendes?

La guio hasta el visor y señaló los seis hombres de acero que descendían por la escalerilla.

—¿Robots? —preguntó ella confundida.

—Tú y yo tendremos muchas cosas que decimos, pero eso será luego. Antes debemos salir de esta nave, es una trampa mortal.

—Sí... ahora comienzo a recordar...

—Confía en mí, por favor —insistió Mork y cogiéndola de un brazo la arrastró prácticamente hacia la escotilla de salida.

—Necesito armas —dijo ella repentinamente.

Se miraron durante un par de segundos.

La muchacha se deshizo de la mano que la sostenía y corrió hacia un armario. Extrajo un fusil de gran tamaño y verificó la munición.

Mork no conocía aquél tipo de arma, pero en todo caso la necesitaban.

—Tienes que disparar a la cabeza, preferentemente a la articulación entre el cuello y la mandíbula. ¿De acuerdo?

—He comprendido.

Y súbitamente se le ocurrió el detalle:

—¿Dónde lleváis el registro de vuelo?

Ella lo miró desconcertada y tras un instante pareció comprender.

—¿Acaso esta nave va a ser destruida? ¿Cómo has llegado tú hasta aquí? Nosotros... —se interrumpió, porque parecía comenzar a recordarlo todo.

—El registro —insistió Mork, procurando impedir que cayera en el shock del recuerdo y perdiera el buen sentido en un momento como aquél.

—Será sólo un segundo —dijo ella, reponiéndose.

Se alejó a la carrera.

Mork no pudo evitar un estremecimiento vital ante la voluptuosa anatomía de la muchacha. Los exploradores solían inhibirse sexualmente durante los grandes periplos. Para ello contaban con dos recursos: la inhibición fisiológica, obtenida mediante el empleo de una droga; o la satisfacción video-mental. Esto era así siempre que en los viajes no coincidieran grupos mixtos en cuyo caso el

programa espacial comprendía, como parte operativa de la misión, la unión sexual con fines de higiene psicofísica.

En este punto de la reflexión, Mork recordó veladamente que en la época de aquella muchacha, todavía existía una institución de reunión heterosexual denominada familia. Como una avalancha, los datos históricos de dos mil años de antigüedad regresaron a su cerebro. Su memoria lo enfrentó con viejos conceptos que su civilización había superado: el amor, la familia, el cuidado y educación de los hijos. Ahora, la Confederación se ocupaba de todo.

Sólo la amistad había prevalecido como sentimiento puro y generativo.

La muchacha regresó presurosa. En el cinturón dé su traje aislante portaba una pequeña cápsula negra.

—Estoy dispuesta —dijo con agitación.

—¿Cuál es tu nombre?

—Myra Donovan, comandante de vuelo.

—Yo soy Mork Koiro, capitán espacial de exploración.

—No comprendo...

—Ya te lo explicaré, ahora debemos largarnos, de este sitio. Esos robots no son amistosos.

Traspusieron la compuerta y corrieron por el pasillo que vinculaba la nave con la estructura del hangar,

Myra observaba su entorno con pasmosa fascinación y Mork comprendió entonces que había sido llevada allí en la propia nave por lo que no conocía el sitio; o tal vez el sitio hubiese sido construido luego de que ella fuese congelada, hibernada, dentro de su navío de inspección.

Había muchas cosas que debían averiguar.

—Nos han copado —dijo Myra.

Se detuvieron a mitad de camino entre la nave y el nivel del terrado.

Los robots también habían ocupado aquella vía de salida.

—Burto, ¿puedes oírme?

Myra lo observaba con interés creciente.

—Burto, camarada, ¿me estás escuchando?

Silencio.

Escuchó atentamente. No obtuvo respuesta. La voz de la

muchacha, que había flotado hasta aquel momento en la atmósfera detenida, también había desaparecido.

—¿Quién es Burto?

—Mi compañero. Algo le ha ocurrido.

—No tenemos mucho tiempo, Mork.

Mork extrajo la cuerda de su mochila, enganchó el extremo engarfiado a su fusil, alteró el sistema de disparo, apuntó y apretó el gatillo.

La cuerda salió despedida en dirección al centro del hangar y el garfio se fijó en una saliente.

—Cógete con fuerza a mis hombros —dijo Mork.

La muchacha lo abrazó con fuerza, por delante, pasando sus brazos alrededor de su cuello y cogiéndose al reborde de la mochila de su espalda.

En aquella fracción de segundo que precedió el salto al vacío, Mork experimentó el agudo placer del cuerpo de la mujer apretado contra su propio cuerpo.

Ella lo observó, ligeramente ruborizada. Si no lo separara la escafandra, hubiese mordido aquellos labios húmedos y sumisos.

Tensó los músculos y se impulsó hacia adelante. La cuerda osciló como un péndulo y manipulando el control de su cinturón, Mork la alargó hasta que tocó el suelo, lejos de la nave y de las escalerillas por donde marchaban los robots.

Recogió rápidamente la cuerda, cogió a la muchacha de la mano y corrieron por el hangar escasamente iluminado.

—¿Dónde vamos? —Inquirió Myra—. ¿Conoces este lugar?

—No, pero tenemos que salir de aquí.

El enorme espacio subterráneo comenzó a estrecharse hasta quedar convertido en un corredor ligeramente descendente.

Mork se detuvo y echó una mirada a su orientador.

—¿Qué es eso?

—Un orientador. No hay peligro delante de nosotros aunque hay indicaciones de calor… animal.

—Tal vez se trate de mis compañeros —dijo ella.

—¿Tus compañeros?

—Éramos cuatro cuando... —se interrumpió.

—¿Cuándo qué?

—No lo sé... no puedo recordar con precisión...

Un murmullo extraño resonó a sus espaldas. Instintivamente Mork se echó de bruces, arrastrando a la mujer.

Dos robots habían aparecido delante de ellos y subían rápidamente por el pasillo.

No eran del tipo que estaba persiguiéndolos, por lo que Mork supuso que no iban tras ellos. El corredor estaba compuesto por módulos unidos entre sí por gruesos nervios y se ocultaron tras ellos.

Los des robots pasaron a su lado presurosos, arrastrando una plancha transparente que floraba en el aire a unos cuarenta centímetros del suelo.

Dentro de aquella plancha, envuelto en un bloque helado, Burto Shane observaba con ojos muertos el techo del corredor.

—¡Es Burto! —gritó Mork.

Levantó su fusil y disparó a la nuca de uno de los robots. El disparo estalló con un ruido sordo y la cabeza del hombre mecánico salió despedida del tronco. No eran robots blindados, debía tratarse de un tipo empleado solamente como operarios.

Myra apuntó y disparó. El proyectil se incrustó en la nuca del segundo robot, que quedó absolutamente paralizado.

La plancha se depositó sola en el suelo del corredor y comenzó el proceso de revivificación.

—Así estabas tú, amiga —dijo Mork.

—Llévate a tu amigo ahora —dijo ella con voz apremiante— yo os cubriré mientras alcanzas el final del corredor.

Mork miró hacia el extremo del pasillo y descubrió el primer contingente de robots guerreros que venían tras ellos,

—Vamos, rápido, vete con él. Yo no podría cargarlo, pero puedo disparar —repitió Myra con voz enérgica.

—¿Emergencia primaria? —inquirió Mork, cargando el cuerpo empaquetado de su camarada.

—No sé qué diablos es eso. ¡Largaos!

Mork comenzó a deslizarse hacia el final del corredor mientras ella iniciaba el tiroteo. El pasillo comenzó a llenarse de un humo acre y desagradable. Cuando llegó al extremo, Mork depositó a su amigo en el suelo y se volvió hacia Myra. A unos cincuenta metros de distancia, parapetada detrás de los robots-operarios paralizados, la

muchacha disparaba sin cesar y con excelente puntería. Los antropoides mecánicos blindados avanzaban sin detenerse a despecho de los disparos, eran inmunes a ellos.

Myra comenzó a retroceder. Durante un segundo, Mork dudó, no sabía si debía largarse con Burto o ayudar a la chica. Súbitamente, el concepto de emergencia primaria perdió toda validez y alzando su fusil avanzó disparando.

El cuerpo de aquellos guerreros acorazados no sufría ningún daño. Llegó junto a la mujer y se detuvo.

—Son inmunes —dijo ella con excitación—. Les he disparo a la cabeza y no he conseguido nada,

Mork apuntó nuevamente. Esta vez a la cabeza de aquellos enemigos fatídicos, precisamente al sitio del que emergía una minúscula antena. Hizo fuego y el proyectil estalló en el blanco. El robot se detuvo y comenzó a girar enloquecido.

—Corre, ahora yo te cubriré.

El brazo corto y amenazador que sobresalía del pecho de los robots se puso súbitamente rígido y de su extremo partió un rayo azulino. Mork se arrojó a un costado. El rayo dio de lleno en uno de los robot-operarios que, inmediatamente, quedó envuelto en una capa congelante.

—¡Cuidado con el rayo! —gritó Mork por encima de su hombro a la muchacha que ya llegaba al extremo del corredor.

Disparó frenéticamente anulando a varios de sus perseguidores, que comenzaba a girar descontrolados en medio del pasillo interrumpiendo de ese modo el avance de sus propios correligionarios mecánicos.

Mork aprovechó el instante de tregua para llegar al extremo del corredor.

Myra estaba inclinada sobre Burto Shane. Sostenía el rostro duro y cuadrado entre sus manos enguantadas y procuraba dar calor a las mejillas heladas.

Burto abrió los ojos.

Su mirada perdió rigidez y mostró un brillo de estupefacción cuando vio a la mujer.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mork.

—Tú... ¿qué ha ocurrido?

—Ya te explicaré, tenemos que huir de este sitio. Estamos copados por ese ejército de monstruos cibernéticos.

Entre los dos ayudaron a Burto a ponerse de pie. Había perdido sus armas y su mochila.

—Vamos, tenemos que alejarnos —los urgió Myra.

Atravesaron uno tras otro una serie de hangares vacíos similares al que ocultaba la nave de la mujer.

—No hay nada, absolutamente nada —rugió Burto, desconcertado—. Todos estos edificios están absolutamente vacíos, no puedo comprenderlo.

—No todos están vacíos, camarada —reflexionó Mork.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha.

—Que nos encontramos en una ciudad muy especial, equipada con varios tipos de robots para su defensa y mantenimiento. Una ciudad que está desierta, o al menos lo parece, y que, sin embargo, ocultaba una nave terrestre que data de hace dos mil años. Creo que...

Myra lanzó un grito.

—¡No puede ser!

Burto miró con aprensión a la muchacha y Mork la cogió de ambos brazos.

—No sé de qué modo ocurrió, pero tú y tu nave pertenecéis a un estadio de desarrollo terrestre que data de hace dos mil años, ¿No lo comprendes? Sólo puedes comprender nuestro idioma porque llevamos traductores instantáneos aquí, en el cuello. Señaló el pequeño artefacto sujeto al cuello de Burto. ¿Lo ves? Siento decírtelo de este modo, pero tienes que comprenderlo. Has estado hibernada durante más de dos mil años.

—¿En qué año estamos? —preguntó Myra con las pupilas dilatadas por el horror.

—En el año 4131.

—No es posible... —murmuró confundida.

—Sé que es difícil de aceptar, pero ya lo comprenderás cuando lleguemos a nuestro campamento.

—¿Dónde están mis compañeros? —preguntó ella.

—Eran cuatro en la nave de inspección —dijo Mork a Burto.

—El orientador, tal vez el orientador nos indique algo —sugirió

Burto.

Examinaron el ingenio. Indicaba aquella señal de calor animal que había precedido a la aparición de Burto.

—Por allí —dijo Mork—, la señal viene de aquel sector.

Recorrieron un largo corredor ascendente y llegaron a un nuevo y pequeño hangar, que almacenaba una serie de maquinarias.

—Sellemos el corredor —dijo Burto—, de ese modo, no podrán perseguirnos.

Mork extrajo una cápsula de su mochila y la depositó en el centro del corredor que acababan de abandonar.

—Alejémonos de aquí —dijo entonces.

Atravesaron el hangar y salieron a una amplia sala oscura. El estallido les llegó muy apagado. Detrás de ellos, el corredor había quedado convertido en una masa de materiales retorcidos.

—Eso los detendrá durante algún tiempo —dijo Burto,

Miraron la profunda oscuridad que tenían ante sí. La luz violácea que los acompañara hasta entonces había desaparecido por completo.

—Necesitamos una bengala inocua —reflexionó Mork.

Arrojó la bengala inocua a la oscuridad y aguardaron un par de segundos. Durante aquel tiempo mínimo, Mork sintió que la muchacha se apretaba contra su cuerpo y que su propio corazón se detenía ante la incógnita que se abría ante ellos.

La bengala estalló y todo el lugar se iluminó como en un maravilloso y extraño amanecer.

Hasta donde alcanzaba la vista, podían ver enormes racimos de burbujas rosadas suspendidas del techo. Los nervios que conducían la energía solar parecían confluir allí desde todos los puntos para constituir una red refulgente y prodigiosa. Había miles de burbujas rosadas de poco más de un metro de diámetro, suspendidas en racimos de entre seis y doce unidades.

Myra se llevó una mano a la boca, absolutamente maravillada. Burto y Mork apenas si podían comprender aquello. Resultaba increíble.

Porque dentro de cada burbuja, como si se trataran de úteros artificiales, había un feto encogido, flotando en un líquido color rosado.

CAPITULO VI

—¿Niños? —inquirió Myra, completamente perpleja.

—Miles de niños —repitió Mork, igualmente estupefacto.

La bengala comenzó a perder luminosidad y Burto lanzó una segunda cápsula para continuar presenciando aquel espectáculo indescriptible.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamó Mork.

Avanzaron por la plataforma hasta la escalerilla que descendía al piso de aquel inmenso útero multiplicado. A sus espaldas se cerró la entrada por la que acababan de acceder a la estancia.

—Se ha sellado automáticamente —dijo Burto.

—Estamos prisioneros a 5 °C de temperatura —informó Mork.

Caminaron en silencio por la estancia observando con admiración el inmenso almacén de bebés nonatos encerrados en sus burbujas de conservación.

—Creo que también están hibernados —dijo Mork.

—Pero... ¿por qué?

Los dos amigos miraron a Myra.

—Tal vez la respuesta esté en ti, tú llegaste aquí hace mucho tiempo y,,.

—Allí —gritó Myra.

En un costado de la gigantesca planta, suspendidos también en medio de burbujas congeladas, vieron las siluetas de tres seres humanos.

Myra corrió hacia allí seguida por los dos amigos.

Se trataba de una gran estructura de apariencia bulbosa que encerraba tres cápsulas semejantes a la que utilizaran los robots para congelar a Burto.

En ellas había tres personas completamente desnudas.

Dos hombres y una mujer.

Los hombres tenían una pigmentación gris oscura y su piel estaba espantosamente arrugada, pegada a los huesos, los párpados se adherían a las cuencas hundidas de los ojos como pliegues añejos y debilitados.

La mujer, por el contrario, ofrecía el mismo aspecto que tenía

Myra cuando Mork dio con ella. Era hermosa, con una corta melena castaña y ojos oscuros muy abiertos. Su cuerpo desnudo, delgado y sinuoso, exhibía una belleza solmene en su helada inmovilidad.

Los tres cuerpos estaban alimentados por un canal energético que se alzaba entre la tobera de alimentación general y el resto de los racimos portantes de los bebés hibernados.

—No lo entiendo... —murmuró Myra impresionada—, ellos... están como muertos y...

—¿Cómo llegasteis hasta aquí? —preguntó Burto mirando fijamente a la mujer desnuda y congelada.

—Trata de recordar —pidió Mork acariciando el cabello de la muchacha.

—Sí... recordar... —repitió ella ensimismada, hurgando en los más recónditos pliegues de una memoria dormida durante dos mil años.

—Veníais de una nave-madre, ¿verdad? —la alentó Burto.

—Sí, la nave tenía una avería y decidimos embarcarnos los cuatro en el vehículo de inspección hasta que viniesen a rescatamos. La nave mayor estalló en él espacio y... no puedo recordar nada más, es como si todo desapareciera entonces.

—¿Tenían sistemas de suspensión biológica? —preguntó Mork.

—Desde luego.

—¿Quién comandaba la nave?

—Murdock —dijo la muchacha mirando a los dos hombres sin poder diferenciarlos.

Mork y Burto se miraron en silencio.

—Escucha, Myra —comenzó Mork—. Creo que sé lo que pudo ocurrir.

Ella lo cogió de las manos y lo miró profundamente.

—¿Qué ha sido? —reclamó con angustia.

—Creo que Murdock y el otro navegante...

— Bannister, el ingeniero de vuelo Bannister —dijo ella.

—...bien, Bannister, os suspendieron biológicamente a ti y a...

—Su nombre es Galia, oficial médico del «Intruder».

—Galia y tú fuisteis suspendidas y ellos procuraron continuar estableciendo comunicación con vuestra base para el rescate. Lo hicieron hasta que ya no pudieron más y cuando decidieron

someterse a la suspensión, si en verdad decidieron hacerlo, ya era demasiado tarde. Vosotras continuasteis volando según el rumbo del «Intruder» hasta que... alguien dio con vosotros.

—Sí —intervino Burto—, creo que ha sido así. Alguien os apresó y trasladó a este planeta y os sometió al proceso de congelamiento. Debió ocurrir entonces que tú pediste ayuda...

Myra paseó la mirada por los cuerpos de sus compañeros.

—Sí... recuerdo haber pedido ayuda... mientras algo ocurría en mi cuerpo.

—Debe haberse tratado de unos pocos minutos, entre el estado de suspensión fisiológica y el de hibernación. Pero fue suficiente para que nosotros, gracias a una fisura en mi casco, dos mil años más tarde recibiéramos el mensaje.

—¿Dónde estamos? —preguntó Myra.

—A dieciséis millones de años luz de la Tierra, en la constelación de «Umbra». Este planeta ha sido denominado «Umbra-seis».

—«Umbra»... —repitió Myra—. ¿Cómo podéis viajar a dieciséis millones de años luz de la Tierra? Es inconcebible.

—Hemos aprendido a controlar el tiempo, muchacha —explicó Burto—. Viajamos por canales atemporales.

Mork sonrió.

—Somos cruzados del tiempo.

—Quiero salir de aquí —murmuró la muchacha—. Tenemos que rescatar a Galia.

Mork buscó el conducto que llevaba energía a la muchacha hibernada y lo desconectó.

El proceso de revivificación observado antes en Myra, se repitió ahora con Galia. Antes de que la muchacha despertara del todo, Burto extrajo un traje aislante de la mochila de Mork y vistió con él a la viajera del hielo.

—¿Dónde estoy? —preguntó Galia media hora más tarde.

Myra apretó la mano todavía fría de su compañera y sonrió con infinita tristeza.

—Yo te lo explicaré todo, compañera —murmuró.

* * *

—¿Por qué no vienen a buscarnos aquí? —preguntó Galia.

—Tal vez no estén programados para situaciones de violencia en esta estancia —reflexionó Burto—. Lo único que debe preocuparnos ahora es salir de este... útero y procurar regresar a los triciclos.

—¿Qué haremos con ellos? —inquirió Myra señalando los cuerpos muertos e hibernados de Murdock y Bannister.

—Será mejor dejarlos donde están, no hay nada que podamos hacer por ellos. Si los quitamos de su cápsula de hibernación, se desintegrarán como viejas momias.

Galia buscó el abrazo de Burto y durante algunos momentos, los cuatro supervivientes observaron aquel translúcido sarcófago helado.

—Bien, larguémonos de este sitio. Seguiremos cualesquiera de los dos conductos energéticos y nos llevarán inevitablemente a un terrado. Es allí, en los terrados, donde se asimila la energía solar del «lago de luz»» —explicó Mork.

—Tal vez sea conveniente separarnos —sugirió Burto—, no sabemos qué nos aguarda en este extraño planeta-simiente.

—¡Claro! —Exclamó Myra—. De eso se trata, de un planeta simiente, una especie de reserva vital para algún tipo de civilización agotada...

—Es posible que la energía que se capta del sol moribundo sea suficiente para conservar estos pequeños úteros artificiales con sus cargas de fetos en estado de suspensión, pero tal vez no haya sido suficiente para abastecer a toda una civilización. Quizá se marcharon en busca de un nuevo mundo y dejaron allí su reaseguro vital para cuando lo hallaran y regresaran a por ellos. O tal vez no quisieron arriesgarse a un final definitivo de su especie, jamás lo sabremos —completó Burto.

—Los robots son los únicos custodios de esta reserva humana en hibernación —dijo Mork—, y están vinculados a los anillos de advertencia de los grandes pájaros. ¡Es fantástico!

—Si en verdad se trata de lo que acabáis de afirmar —intervino Galia—, nos encontraremos con algún regimiento de autómatas en el exterior. No pueden permitir que nos interpongamos en la

planificación que han mantenido durante siglos.

—No buscan nuestra muerte —afirmó Mork—, su única arma es la congelación. Es un planeta que pretende conservar la vida, no eliminarla.

—Tal vez... —reflexionó Burto—, pero no pueden arriesgarse a que nada obstaculice su programación. Es posible que tengan aún otro sistema de defensa para cuando falle el primero. Y el primero ha fallado, no han conseguido anularnos mediante la hibernación y ahora saben que hemos liberado a Myra y Galia.

—Bien, separémonos —dijo Mork.

—Galia y yo seguiremos un conducto y vosotros otro distinto, en dirección opuesta.

Galia sonrió a Burto y se cogió de su brazo.

—Si surgiera alguna dificultad, nos encontraremos al pie de las laderas por las que descendimos. Allí, reclamaremos las cuerdas de ascensión. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Mork —asintió Burto—. Buena suerte.

Cogió el fusil de Myra y se alejó con Galia hacia un extremo de la estancia.

Mork se quitó la escafandra y miró fijamente a la muchacha.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

—No lo sé muy bien, es algo que tú me produces, algo profundo y acuciante.

—Tú también me atraes —dijo ella con naturalidad.

—En mi tiempo, la familia y el amor han desaparecido —dijo Mork.

—Entonces hay algo que todavía puedes aprender dé mí —murmuró ella y apretó sus labios contra la boca del hombre.

Fue un beso extraño y hondo, una caricia que reunía dos personajes distantes y, sin embargo, absolutamente dependientes,

—Vamos, por aquí —dijo Mork visiblemente trastornado; y cogiendo la mano de la muchacha corrió con ella hacia una de las brillantes toberas fijas a la pared del gigantesco útero hibernado.

Siguieron durante más de una hora la guía de aquella nervadura energética que corría sinuosamente por entre los racimos de cápsulas-simiente suspendidas en la amplia estancia hasta que por fin la nervadura se alejó del recinto por una chimenea que lo

encauzaba verticalmente hacia arriba.

La luz violácea volvió a iluminar escasamente aquella senda ascendente y podían ver el cilíndrico y brillante conductor elevándose hasta perderse de vista en lo alto.

—¿Cómo subiremos? —quiso saber la muchacha.

—Con una cuerda.

Repitió la operación de lanzar la cuerda engarfiada mediante el fusil automático. Y cuando verificó que habla quedado perfectamente sujeta, abrazó a la muchacha para que el rotor de su mochila los izara lentamente.

Un siseo extraño les llegaba claramente a medida que ascendían y cuando llegaron al sitio en que se había clavado el garfio, Mork comprobó que el utensilio había dañado la cobertura del conductor de energía produciendo un escape de gas. Era un gas incoloro, incoloro y helado que seguramente serbia de protección a las toberas interiores del conductor mayor.

Sosteniéndose precariamente entre el conductor y la pared, Mork repitió el disparo y continuaron ascendiendo.

Se hallaban a mitad de camino cuando una luz blanca y brillante iluminó el techo de la chimenea. Mork detuvo el rotor y ambos quedaron suspendidos de la cuerda.

Un robot de extraña apariencia, semejante a aquellos que trasladaban a Burto, entró desde el terrado al hueco vertical por el que ellos trepaban.

—Viene a reparar la avería —dijo Mork.

—Pues no hay sitio para que él descienda por aquí. Se topará con nosotros.

—Tendré que eliminarlo. Sujétate con fuerza, Myra.

Descolgó el fusil de su hombro y apuntó a la figura del robot, pero antes de apretar el gatillo la luz de la compuerta por la que había entrado el autómata, desapareció al cerrarse ésta y la visibilidad se anuló.

—No puedo verlo —dijo Mork—, la luz me ha encandilado.

—Tenemos que hacer algo o nos atropellará.

Suspendidos en la oscuridad violácea aguardaron en silencio, procurando escuchar el sonido del robot al descender.

—Tengo una idea —dijo la muchacha—, puedes disparar al

conducto más arriba y de ese modo, el robot se detendrá a reparar el daño antes de llegar a nosotros. Nos dará tiempo a pensar en algo.

—Para ser una anciana de más de dos mil años tienes mucha imaginación —bromeó el capitán. Y apuntó intuitivamente antes de efectuar el disparo.

Escucharon un silbido mayor una veintena de metros por encima de sus cabezas y un segundo después los alcanzaba el silbido helado del gas.

—Quédate aquí —dijo Mork entregándola la mochila—, yo continuaré trepando a pulso y veré si puedo deshacerme del robot.

—¡Mork! —gritó ella, súbitamente nerviosa.

¿Sí?

—Por lo que más quieras, cuídate...

El la besó en los labios y comenzó a trepar hacia lo alto.

De vez en vez sentía la oscilación de la cuerda rozada seguramente por el descenso del robot.

Sus ojos habían vuelto a adaptarse a la luz violácea y descubrieron la silueta oscura del autómata a un par de metros de distancia.

Podía observar los precisos movimientos del operario-mecánico manipulando en la cobertura destrozada por el disparo. Decidió desactivarlo con delicadeza para evitar que se precipitara descontrolado por el hueco y aplastara a la muchacha.

Trepó por la cuerda hasta situarse entre el muro y el robot encaramado como una araña al conductor. A la escasa luz violácea propinó un fuerte golpe con el puñal en la base de la antena directriz del autómata y en el momento en que giró descontrolado, lo empujó con las piernas flexionadas dentro del conductor que estaba reparando. El robot quedó apresado en el hueco producido por el disparo y con un último esfuerzo, Mork lo introdujo totalmente en la fuerte nervadura. Lo vio caer verticalmente sin dejar de moverse espasmódicamente, fuera del dominio que imprimía la antena rota.

—Vamos Myra, sube con rapidez —llamó en la oscuridad.

Myra presionó el sensor y la cuerda se enrolló dentro de la mochila, izándola junto al capitán. Mork se sujetó a la muchacha y ambos ascendieron hasta la compuerta por la que había entrado el robot.

Mork abrió la compuerta y atisbó afuera, al terrado.

—Vamos, en cualquier momento llegará un segundo robot-operario.

Salieron al terrado y Mork ajustó la mochila a su espalda y recogió la cuerda.

Corrieron entre los prismas solares hasta un extremo y se asomaron a la calle. Estaba desierta.

Un sonido sordo y creciente los obligó a volverse. Dos operarios-mecánicos llegaron volando hasta el terrado y se introdujeron en el conducto por la compuerta.

—Me alegro que hayan llegado —dijo Myra—, no me gustaría provocar ningún daño a los bebés.

—Volveremos a por ellos —dijo Mork.

—¿Qué quieres decir?

—Que regresaremos a la Tierra con un informe de lo que hemos descubierto una expedición científica vendrá a hacerse cargo de esta ciudad-simiente.

—¿Por qué?

Mork la observó con una expresión confusa.

—No te entiendo.

—¿Por qué habréis de intervenir en todo esto? No es cuestión vuestra. Se trata de un pueblo no-terrestre.

—Se trata de niños con toda la apariencia de ser humanos.

—No me gusta.

—No lo entiendes bien, muchacha. Se trata de la ciencia terrestre y estos bebés hibernados pueden morir antes de que sepamos a qué civilización pertenecen.

—Han sobrevivido hasta ahora sin percances. Nosotros hemos sido los únicos obstáculos que amenazaron su seguridad.

—No discutiremos ahora.

Durante un largo minuto se miraron como enemigos. Pertenecían a mundos diferentes, aunque el planeta del que procedían fuese el mismo.

Una ráfaga de disparos los obligó a ponerse en movimiento.

Se descolgaron del terrado a la calle mediante la cuerda y corrieron por el largo tentáculo edificado hacia el centro de la ciudad. En el cielo, el sol agónico aparecía y desaparecía tras una

capa de nubes negras y cargadas.

—Tormenta —dijo Mork—. Hemos de damos prisa.

Los disparos resonaban ininterrumpidamente y Mork experimentó una sensación de opresión en el pecho. Repentinamente sintió que todo lo que deseaba era elevarse en su nave fuera de aquel mundo complicado e incomprensible y poder analizar con Myra ese cúmulo de percepciones que ella estimulaba en él.

Corrieron velozmente hasta que vieron en la distancia las figuras de Burto y Galia rodeados por un ejército de robots similares a aquel primer autómata que se había hecho cargo del pájaro destrozado.

—No podrán con ellos —dijo Mork.

—¿Qué hacemos?

—Buscar el cerebro que los dirige. Tiene que haber una computadora que controle a todos estos robots.

* * *

Galia y Burto habían conseguido salir al exterior sin tropiezos.

Se encaminaron a buen paso hacia la salida de la ciudad en busca del sitio por el que Burto había descendido con el capitán y fue entonces, cuando ya prácticamente habían alcanzado el linde del bloque central y se internaban por el largo triángulo puntiagudo de la estrella edificada, cuando aparecieron los robots.

—No conseguiremos abrimos paso —dijo Burto—, de modo que sólo podemos huir de ellos y confiar en que no nos den alcance.

—Uno de los dos puede distraerlos —dijo la muchacha.

—No deseo separarme de ti, Galia.

Burto se inclinó y llevándose el antiguo fusil automático de Myra al rostro, comenzó a disparar. Consiguió abatir a varios autómatas hiriéndolos en fa base del cuello y corrió con la muchacha alejándose del resto. Se detuvieron a descansar y cuando los autómatas volvieron a aproximarse, repitió la operación para volver a correr y recobrar la distancia que los separaba de aquel ejército mortal y eficiente.

—Jamás lo conseguiremos —dijo Galia.

—Intentaré detener a tantos como pueda. Tú quédate conmigo y confiemos en que Mork consiga llegar a tiempo.

Los robots se abrieron en círculo, rodeándolos, y Burto inició la defensa procurando no desperdiciar los disparos.

Fue entonces cuando alzó la vista y vio los pájaros.

Y vio también algo más.

Un globo oscuro, como los antiguos aeróstatos terrestres, flotando en medio del valle y dirigiéndose lentamente hacia ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó Galia presa de una enorme excitación.

—Creo que, después de todo, este planeta está habitado por algo más que bebés hibernados, animales y robots. Desde allí lo controlan todo.

* * *

Mork corría por las calles buscando una señal que le permitiera descubrir el edificio de control de la ciudad. Todas las construcciones, sin embargo, parecían semejantes entre sí.

—Nos siguen —advirtió Myra deteniéndose.

En efecto, un grupo de robots venía sin prisas detrás de ellos.

—Jamás llegaremos al sitio en que dejamos las cuerdas —murmuró Mork mirando con desesperación a su alrededor en busca de un indicio, cualquier cosa que indicara el rumbo que debía seguir.

Y entonces lo vio.

Fue más una intuición que una casualidad.

Levantó la mirada y vio el globo oscuro contra la bandada de enormes pájaros gigantes.

Los pájaros parecían una flotilla de naves espaciales perfectamente agrupadas y flanqueaban en perfecta formación el globo oscuro. Era un aeróstato de apariencia sólida, como una larga calabaza de color marrón muy opaco. No había ninguna diferenciación entre la barquilla y la envoltura del globo. Todo parecía una unidad perfectamente consolidada y sobre él, brillante en la luz fantasmagórica que irradiaba el «lago luminoso», una antena

múltiple giraba lentamente.

—Allí está —dijo Mork—. Es el cerebro.

CAPITULO VII

Corrieron en dirección al globo que, suspendido a una altura de treinta metros, flotaba en dirección a Burto y Galia.

Los enormes pájaros, controlados por medio de los pesados brazaletes, parecían detenidos en formación planeando con las poderosas alas extendidas.

Mork detuvo la carrera y echó un vistazo a los robots que los perseguían.

—Hay una sola oportunidad —dijo.

Apuntó cuidadosamente y comenzó a disparar sobre el globo. Los impactos no conseguían alterar el rumbo del aeróstato ni dañar su superficie.

—Es inútil —dijo Myra.

Mork disparó contra algunos pájaros que cayeron destrozados por los impactos.

—Tal vez... —murmuró Mork y echó a correr hacia el globo arrastrando a la muchacha.

Ahora habían salido de la estrella edificada y corrían por aquella sabana metálica, grisácea, resbalando sobre su pulida superficie.

A unos cien metros de distancia, Burto y Galia continuaban enfrentándose al grupo de robots.

—Escucha, Myra, y pon mucha atención. Creo que todavía nos queda una posibilidad y voy a intentarla. Tú debes reunirte con Burto y Galia y procurar llegar hasta el sitio desde el cual recobrar las cuerdas de ascensión.

—¿Qué harás tú?

—Voy a subir al globo.

—¡Estás loco, no puedes hacerlo!

—No voy a discutir contigo. Coge mi fusil y ayuda a Galia y Burto. No pueden hacer nada con tu vieja arma.

—No te abandonaré desarmado. Yo...

—¡Tú harás exactamente lo que te digo o todos acabaremos aquí en este valle perdido y demencial!

Se miraron durante unos segundos, midiéndose.

—Está bien —aceptó ella a regañadientes.

—Le dirás a Burto que yo he dicho emergencia primaria. ¿Me has entendido?

—¿Emergencia primaria? ¿Qué significa?

—Burto te lo explicará.

—Dame el fusil.

Mork entregó el arma y miró hacia lo alto. El globo estaba pasando sobre sus cabezas, flanqueado por la flotilla de aves robotizadas.

—Una cosa más, muchacha.

—¿Qué es? —preguntó ella con irritación.

—Un beso, dame un beso.

Se besaron con pasión, brevemente.

—Ahora vete y no te inquietes por mí. No he esperado dos mil años para perderte al cabo de pocas horas. Tengo mucho que aprender de ti, recuérdalo.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas, pero venciendo el impulso de quedarse, se dio la vuelta y corrió velozmente hacia Burto y Galia.

Mork se despojó de la mochila y extrajo de ella la cuerda y el disparador de emergencia. Luego volvió a calzarse la mochila, apuntó el disparador a la base del globo y oprimió el gatillo.

El garfio se adhirió a la superficie reticulada inferior y Mork accionó el rotor para comenzar el ascenso.

Sólo llevaba el puñal como única arma y algunas cápsulas explosivas dentro de la mochila. Miró a su alrededor y vio los estragos que Myra hacía en el ejército de robots, ayudando a la defensa desesperada de Burto.

Antes de llegar al globo, Burto, Galia y Myra habían conseguido abrir una brecha en el círculo de antropoides cibernéticos y por ella se precipitaron en dirección a las laderas cónicas y pulidas junto a las cuales habían descendido.

Y ya no pudo continuar observándolos porque había llegado al globo. Se sujetó con fuerza a la superficie reticulada y comprobó entonces que la base del aeróstato era de un material ligero, posiblemente una aleación, en forma de red estructural que envolvía lo que en un globo terrestre hubiese sido la barquilla.

Trepó por la red hasta una primera franja acristalada y echó un

vistazo al interior.

El diámetro de aquel habitáculo debía tener al menos ocho metros, por lo que el globo propiamente dicho superaría ampliamente los cuarenta o cincuenta metros de envergadura.

Todo el interior, junto a los paneles exteriores y en los sitios que no ocupaba aquella franja de observación directa, acristalada, estaba ocupado por lo que Mork dedujo que sería un gigantesco ordenador.

Junto a él, los inmensos pájaros producían un zumbido estremecedor con sus grandes alas. Y el olor que despedían hirió las fosas nasales del capitán.

Volvió a mirar al interior y entonces tuvo un sobresalto. Inclinados sobre los mandos del ordenador, indiferentes a lo que sucedía afuera, ocupados exclusivamente en la observación de las brillantes pantallas que reproducían una serie de signos incomprensibles para él, Mork vio a cuatro hombres.

Eran altos y delgados. Estaban enfundados en sendos trajes muy ajustados, color verde brillante, y llevaban el rostro sujeto por una capucha que no impedía ver dichos rostros.

Eran rostros semejantes, como si se tratara de gemelos, de ojos grandes y muy oscuros carentes de iris, nariz larga y recta, labios finos y apretados y una expresión absolutamente indiferente.

Durante unos minutos, Mork permaneció muy quieto, observándolos moverse con estudiada precisión dentro de la cabina, operando los sensores del ordenador, sin dirigirse la palabra ni mirarse, atentos solamente a las señales que florecían en las pantallas.

Miró hacia abajo y vio que sus amigos corrían todavía hacia el sitio preciso, seguidos por los robots a mucha distancia, aunque estos últimos habían aumentado considerablemente la velocidad.

Calculó que Burto tendría el tiempo justo para enviar, con el sensor de su cinturón, la señal que activaría los rodillos del triciclo para que las cuerdas descendieran.

No podía confiar en que lo lograría si él no impedía que los robots continuaran su avance.

De pronto, algo se modificó a su alrededor y la corriente de aire producida por el aleteo de los pájaros aumentó notablemente. Miró aterrorizado. Los pájaros se lanzaban en picado sobre sus amigos,

guiados por las órdenes del ordenador.

Myra se detuvo y echó una rodilla en tierra para comenzar a disparar contra las aves. Su puntería era mortífera y muy pronto Burto se unió a ella. Sin embargo, no conseguirían abatirlos a todos.

Mork se desplazó desesperadamente sobre la retícula en busca de la compuerta de acceso al interior del globo y por fin halló lo que parecía un panel alto y delgado sugerido en la superficie acorazada.

Extrajo seis cápsulas explosivas de la mochila, las adhirió estratégicamente y se alejó, dando la vuelta a la barquilla para evitar la onda expansiva de la explosión.

En ese momento comenzó a llover torrencialmente. Mork supuso que la nieve se convertía en agua al atravesar la capa luminosa del «lago de luz».

Miró hacia el suelo y tal como lo había previsto, comprobó que el agua era inmediatamente absorbida por la superficie lisa de la sabana metálica.

Seguramente el sistema se debía a que el agua era capaz de perjudicar aquella ciudad meticulosamente resguardada.

La explosión sacudió ferozmente el aeróstato y Mork quedó suspendido con una sola mano de la retícula, impulsado por la fuerza de la inercia.

Se rehízo rápidamente y fue en busca de la compuerta para entrar en el globo.

—Ha hecho estallar el globo —dijo Myra con angustia—. Va a morir.

—¡Aquí está la cuerda, subid! —ordenó Burto.

—Yo me quedo aquí -—replicó Myra desafiante.

—El sabe lo que hace, vámonos —repitió Burto.

—No podemos abandonarle —insistió Myra con voz trémula, sin dejar de disparar a los pájaros.

—Él lo ha ordenado así, ha dicho emergencia primaria y ello significa que debemos largamos.

—Las aves parecen descontroladas —intervino Galia, asiéndose de la cuerda.

Burto la sujetó a la cuerda, cogió a Myra por los hombros y también la amarró. Luego presionó el sensor que accionaba el rodillo y comenzaron a ascender. En el último instante él mismo se sujetó a

la cuerda y cuando hubo asegurado su cinturón a ella, siguió disparando a las aves que podían embestirlos en su vuelo enloquecido.

—¡Dispara a las aves! —Gritó Burto a Myra que miraba el globo como si hubiese perdido el juicio.

Gana le arrebató el fusil y se hizo cargo de la orden.

—Va a morir... va a morir por nosotros —gimió Myra.

Mork atisbo por la compuerta destrozada al interior del vehículo. Los cuatro hombres no parecían haberse percatado de la explosión y continuaban operando precisamente los controles del ordenador.

De un salto entró en la cabina y se precipitó con el puñal en alto sobre el ser que tenía más próximo.

Lo cogió de un hombro y le dio la vuelta dispuesto a acuchillarlo. Tuvo que detenerse. Algo había ocurrido con el rostro de aquel sujeto. Seguramente la explosión lo había alcanzado porque sus facciones habían desaparecido y en su lugar había ahora una masa lisa, brillante, luminosa, en la que corrían fugaces haces de luz sobre un circuito perfectamente visible.

—Androides... —murmuró para sí y a continuación descargó un golpe feroz en la cabeza de aquel ser artificial, que se desplomó paralizado.

Corrió hacia el segundo y repitió la operación. Sentía un gran alivio por no estar eliminando seres vivos e inteligentes, como en un principio habla supuesto que debía hacer.

El tercer sujeto fue neutralizado del mismo modo. Se dirigió entonces al último androide y lo apartó de los controles del ordenador.

Durante algunos momentos, lo miró fijamente mientras el muñeco cibernético procuraba volver a su tarea y supo, supo verdaderamente, que los seres que habían huido de allí habían dejado en custodia del ordenador a cuatro androides construidos a su imagen y semejanza.

Sin pensarlo más, empujó al androide hacia la compuerta destrozada arrojándolo a tierra.

—¡Oh, no! —gritó Myra con desesperación—. Alguien ha caído del globo.

Burto sintió un nudo en la garganta pero no podía descuidar las

embestidas de las aves y continuó disparando sobreponiéndose al dolor.

—Tal vez sea un ser de este planeta —dijo sin convicción.

—No puede haber muerto —murmuró Myra y en su voz destelló una nota de obsesiva convicción.

Mork dispuso varias cápsulas explosivas en distintos puntos del ordenador y corrió hacia la puerta. Sujetó el garfio a la retícula estructural y comenzó a descender.

Miró a su alrededor.

El espectáculo era dantesco. Los pájaros parecían haber enloquecido y se precipitaban sobre los robots. Era una batalla imposible en la que las aves eran trituradas por los monstruos mecánicos entre graznidos estremecedores.

De vez en vez un pájaro conseguía apresar con sus garras a algún autómata y entonces lo izaba para arrojarlo desde gran altura contra el suelo duro y metálico.

Mork se hallaba a cuatro metros del suelo cuando estallaron las cápsulas explosivas y el globo se convirtió en una frenética peonza, dirigiéndose a gran velocidad en diagonal hacia el suelo. Iba a estrellarse irremediablemente contra la ladera.

Mork se soltó y cayó flexionando las piernas. Cuando tocó el suelo, sintió un dolor agudo en la rodilla derecha y se dejó llevar por la fuerza de la caída para rodar sobre la dura sabana y evitar mayores daños.

Cuando se detuvo, vio como el globo explosionaba contra las cónicas laderas a unos cuarenta o cincuenta metros de donde él se hallaba. La onda expansiva lo hizo rodar y sintió que el dolor de la rodilla trepaba por su pierna y parecía abrirse como una flor de fuego en su pecho, Perdió el aliento y sintió que iba a desmayarse.

Procuró desesperadamente soportar el dolor y conservar la consciencia. Una nube oscura atravesó su cerebro y se sintió nadando contra una marejada densa y pegajosa. Finalmente sus párpados se abrieron y las formas volvieron a hacerse claras a su alrededor.

La batalla continuaba entre robots y pájaros, convertidos en enemigos diabólicos por obra de los circuitos destrozados del ordenador del globo.

Mork comenzó a arrastrarse hacia el sitio por donde habían ascendido y desparecido sus amigos.

Miró hacia lo alto.

No vio a nadie allí. Burto había aceptado su orden de emergencia primaria y se había marchado con las mujeres. Suspiró satisfecho. Tal vez pudiese darles alcance.

Buscó en su cinturón el sensor y lo presionó. Unos minutos más tarde, la cuerda caía a su lado. La sujetó firmemente a su cinturón y respiró profundamente. Luego comenzó a ascender.

La pierna le dolía terriblemente y angustiado por aquel dolor insoportable no detectó el primer temblor.

Las laderas comenzaron a vibrar ostensiblemente cuando se hallaba a mitad de camino y entonces un nuevo temor lo asaltó Miró hacia abajo, apretando los dientes, y le pareció que toda la ciudad oscilaba como un diapasón.

—Tengo que resistir —se dijo.

Tenía el rostro perlado de sudor a pesar del frío que estallaba contra su piel desnuda y los ojos le ardían horriblemente.

Las laderas volvieron a conmocionarse y entonces no tuvo ninguna duda de que no se trataba de él. Algo estaba ocurriendo en aquel valle extraño.

Un nuevo temblor sacudió su cuerpo contra la ladera golpeándole la rodilla herida con fuerza. Extrañamente no sintió un dolor demasiado agudo. Era como si la pierna se le hubiese anestesiado. Su cerebro pensaba con enorme lucidez y procuró reflexionar sobre lo que estaba sucediendo.

No podía hallar ninguna explicación.

Alzó el rostro y vio el borde de la cornisa a una docena de metros por encima de él y vio también el rodillo de su triciclo girando silenciosamente, izándolo.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Aquellos temblores habían deslizado el triciclo hacia el precipicio. Sin apartar la mirada del rodillo, procuró conservar su presencia de ánimo. Si el temblor se repetía una vez más, el triciclo caería al abismo y el terminaría reventado contra la sabana metálica.

Miró nuevamente hacia abajo y entonces la estupefacción hizo que olvidara su peligro inmediato.

Una legión de robots recogía los deshechos de la batalla y los transportaba a aquellos cuadrados gris verdosos que había visto al llegar. Ahora los cuadrados estaban totalmente abiertos, como enormes compuertas y robots y despojos eran fagocitados al interior de la sabana metálica.

No podía comprenderlo.

El ordenador estaba hecho trizas en el suelo. ¿Cómo diablos podía continuar operando con tanta precisión aquel ejército mecánico?

Un nuevo temblor lo apartó de sus reflexiones. Se asió a la cuerda y miró hacia arriba, la nieve caía pesadamente, se convertía en lluvia y era asimilada rápidamente al llegar al valle.

El triciclo se deslizó hacia el borde del abismo, pero resistió el temblor.

Mork se izó con esfuerzo sobre la comisa nevada y se puso de pie.

Entonces vio a Myra que sujetaba fuertemente el extremo anterior del vehículo impidiendo que éste se deslizara al vacío.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía? —preguntó Mork a la muchacha sin irritación pero con firmeza.

—Soy de otra época, ¿recuerdas? una anciana de dos mil años. No he aprendió todavía esa consigna de la emergencia primaria.

Mork la abrazó y ella lo ayudó a subir at triciclo.

—Cógete con fuerza —dijo Mork—, no sé qué diablos está ocurriendo, pero es mejor que nos alejemos cuanto antes de aquí.

Corrieron en el triciclo por el desfiladero nevado tras las huellas del vehículo de Burto y Galia, perseguidos por una serie de temblores cada vez más intensos y continuos.

Cuando salieron del desfiladero a la estepa, divisaron el triciclo de Burto a lo lejos, detenido.

Llegaron a su lado en el mismo instante en que una espantosa explosión sacudía la estepa helada.

Miraron hacia atrás, fascinados.

La ciudad del valle se elevaba lentamente de la superficie del planeta convertida en una extraña nave gris y aplanada, propulsada por una fuerza invisible.

Los temblores cesaron por completo y la inmensa nave-simiente

se elevó en silencio, aumentando su velocidad hasta perderse en el cielo umbrío del planeta helado.

Mork comprendió entonces que el ordenador del globo que él había destruido no era el único, ni siquiera el más importante. Aquella ciudad era una nave. Los seres de «Umbra-6» habían pensado en todo. Incluso en el caso de que todos sus sistemas fracasaran. Entonces sus retoños se salvarían en la nave.

—¿Adónde se dirigirá? —pregunto Burto.

—Jamás lo sabremos —murmuró Galia.

—Es mejor así, me sentía enormemente culpable por haber participado en la destrucción de la ciudad —dijo Myra apretándose contra Mork, abrazándolo desde atrás.

—Tal vez podamos seguirlos —dijo Mork.

—Tal vez —repitió Myra sin convicción.

—No ha quedado nada de nuestra aventura —reflexionó Burto.

—¿Qué soy yo entonces? —bromeó Galia.

—Tenemos un largo viaje para descubrirlo, pequeña —rió Burto.

—Algo tenemos —dijo Myra.

—¿Qué es? —preguntó Mork.

—Esto.

Y extrajo de su cintura el registro de vuelo del «Intruder-Alfa».

—¡Claro! —Exclamó el capitán—. ¡Me había olvidado! Tal vez encontremos allí alguna respuesta.

* * *

La cabina era amplia y funcional. Junto al lecho anatómico, un gran panel transparente ofrecía una visión maravillosa del espacio estrellado y oscuro.

El regreso a la nave había sido rápido. No se habían detenido más que para recoger los campamentos base emplazados entre la nave y la cadena de las «Parcas».

Hacia escasamente una hora que habían despegado de «Umbra-6» con dirección a la Tierra.

Myra salió de la ducha envuelta en una toalla y secándose el cabello.

Se sentó en la cama y se dejó caer de espaldas, desnuda y feliz.

Los golpes en el panel de acceso a su cabina la hicieron sonreír.

—Adelante —dijo con su voz aguardentosa y sensual.

Mork entró y cerró detrás de él.

La muchacha no hizo nada por cubrirse.

—Eres hermosa —dijo Mork, sorprendido por la intensidad de sus propias palabras.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó ella sonriente.

—Así es. Hemos activado el sistema temporal de retorno.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de llegar a la Tierra?

—Dieciséis semanas,

—Bien, creo que será suficiente.

Mork comentó a desvestirse.

—¿Suficiente para qué? —preguntó.

—Para pulir en tu cerebro una mala educación de dos mil años. Ven aquí.

La estrechó entre sus brazos y sintió el calor trémulo de la muchacha adhiriéndose a su propia piel.

—Tienes mucho que aprender conmigo —murmuró ella junto a su oído.

—¿Ah, sí?

—Sí, aprenderás a hacer el amor y olvidarás esos patéticos ejercicios sexuales de tu generación del año 4131.

—¿Sabes? Ha valido la pena aguardarte durante tanto tiempo.

En el panel acristalado, «Umbra-6» desaparecía rápidamente envuelto en los rayos agónicos de su sol añejo.

FIN

EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 50 Ptas.